

REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA

AÑO I — TOMO I

MONTEVIDEO, MARZO 31 DE 1884

NÚMERO 2

DE LA QUIEBRA

TEMA SORTEADO PARA EL CONCURSO DE PROCEDIMIENTOS JUDICIALES
Y DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO

Por el Dr. Don Marcelino Izcua Barbat

(Continuación)

II

Paso ahora á deslindar la nueva situación en que se encuentran los acreedores, deudores y fallidos á consecuencia del hecho de la quiebra.

Este punto es de suyo vastísimo y erizado de dificultades insuperables. En cuanto al fallido, la quiebra produce dos efectos fundamentales: separarlo de la administración y posteriormente quitarle el dominio de sus bienes é incapacitarlo para continuar en el ejercicio del comercio.

Como he indicado ya, en la antigua legislación francesa anterior al código de 1838, el fallido quedaba al frente de sus negocios mientras se sustentaba el juicio de quiebra que podía retardar á su antojo.

El resultado de tal estado de cosas resalta á la vista; después de haber cesado en sus pagos un comerciante y falta de crédito para obtener recursos con que satisfacer sus compromisos, se veía en el caso si era deudor de buena fe, de ocurrir á expedientes ruinosos, á vender las existencias de su giro á precios miserables, á obtener préstamos leoninos y lo que es peor á consentir pagos parciales á aquellos acreedores mas exigentes ó acordarles garantías y privilegios en detrimento de los legítimos derechos de los demás acreedores y de la igualdad que debe ser la ley de la quiebra; sin evitar que, usando de mala fé podía ocultar y sustraer los fondos y bienes que tuviera, burlando así á los acreedores que al tomar la administración de la masa encontraban que las garantías con que habían contado para el cobro de sus créditos habían desaparecido y no tenían nada en que cobrarse.

El único medio para escapar á esas maniobras fraudulentas, la mayor parte de las veces, ó cuando menos culpables, era desapoderar al fallido de sus bienes y transferir su administración á sus legítimos dueños.

¿Se dirá acaso que esos es atentar al derecho inviolable de propiedad y que mientras el fallido no consienta en hacer cesión de sus bienes ó las sentencias judiciales lo ordenen, no se puede despojar á un comerciante de la administración de su patrimonio?

Quienes tal cosa sostienen, exageran á mi juicio el alcance del derecho de propiedad y desconocen por completo la naturaleza del mecanismo comercial.

Hay en la ciencia del derecho, un principio que puede elevarse á la categoría de un axioma jurídico, y que es la garantía y salvaguardia de los legítimos derechos de aquellos que enagenan su voluntad y contratan con terceros, fiados en el cumplimiento de las obligaciones que éstos pactan: quien se obliga, obliga lo suyo, ó lo que es lo mismo, el patrimonio de un deudor es la garantía de sus acreedores.

¿Y si esto es verdad para las transacciones comunes, con cuánta mayor razón debe serlo para las transacciones mercantiles que solo viven de exactitud y honradez?

Y por otra parte, como dice Renouard, el desórden de los negocios de un comerciante pone de manifiesto, si no la mala fé, cuando ménos la negligencia, la impericia, su mala administración en una palabra.

Hay dos intereses en lucha, y si era legítimo que el comerciante administrase sus negocios antes de cesar sus pagos, por este hecho ha venido á ser mas legítimo el derecho de los acreedores á ser reintegrados de los capitales que tenían en poder del deudor y garantizarse de su pago por medio de una administración común organizada en su beneficio.

¿Pero cuál es el límite de este desapoderamiento? ¿Puede quitarse al fallido la intervención, útil en la mayor parte de los casos en la administración de los bienes del concurso? ¿Puede quitársele sobre todo el ejercicio de acciones meramente personales, que nadie puede ejercer por él y que no tiene interés alguno en ejercerlos el concurso?

No, la ficción de que el dominio de los bienes permanece íntegro en el fallido que solo pierde la facultad de administrarlos, no podría llegar hasta perjudicarlo injustamente y hasta perjudicar á la masa tal vez.

En efecto, el fallido está tan interesado como los acreedores en el cobro de las deudas, en la interrupción de las prescripciones, y sobre todo en sacar el mayor producto, ya de los frutos ya de la propiedad de los bienes, porque cuanto mas pague menos deudas pesarán sobre él y acaso tal vez llegue por su intervención hasta obtener un excedente, despues de satisfechos sus acreedores, excedente que es su propiedad exclusiva.

Esto es precisamente lo que dispone el inc. 2.º del art. 1550 de nuestro código, haciendo extensiva la excepción á los derechos inherentes á la persona del fallido, tales como el ejercicio de la tutela, de la patria potestad, etc.

El art. 1553 contiene una nueva excepción que ha sido el objeto de vivas controversias estableciendo que la privación de la administración no se estiende ni á los sueldos ó pensiones debidos al fallido por el Estado, ni á los bienes donados ó legados á aquel, con la condición de quedar exentos del desapropio.

Como he dicho ya, hay un principio jurídico sancionado por todas las legislaciones del mundo, que establece que todos los bienes de un deudor son embargables por sus acreedores, salvo los que taxativamente exceptúa la ley, principio que sancionan nuestro código civil en su art. 2326 y el de procedimientos en el 885.

Ahora bien, ¿los casos que allí se establecen son estensivos á la quiebra comercial, ó esta por ser una ley especial fundada en usos y principios propios se rige exclusivamente por sus disposiciones?

Opino que los artículos del Código Civil y del Código de Procedimientos son aplicables, por varias razones.—En primer lugar, las excepciones que hace la ley están fundadas, en razones de equidad unas y de interés público otras, razones que por consiguiente son aplicables, así á los comerciantes como á los no comerciantes. Supongamos, por ejemplo, que el fallido ejerciera á la vez que una industria comercial, una profesión liberal cualquiera, ¿no sería inicuo privarle de ejercer su profesión ó la enseñanza de un arte, apoderándose ya de los libros ya de las máquinas y útiles á que se refieren los incisos 3 y 4 del artículo 885 del Código de Procedimientos? En cuanto á la disposición del inciso 2.º, la misma ley la hace aplicable á la quiebra comercial, porque sería inhumano privar al fallido de las prendas de uso personal y de sus muebles y útiles así como de los comestibles que tuviera en su poder.

Por otra parte, en todos estos casos ningún provecho sacarían los acreedores con desapoderar al fallido de los bienes á que se refieren, pues si no le dejaran los comestibles ni las prendas y muebles de uso personal, el fallido se vería obligado ante el rigor de la ley á reservarse los antes de ser declarado en quiebra, y si le quitaran los libros, máquinas, etc., que le sirven para ejercer una profesión liberal ó enseñar alguna ciencia ó arte, no solo no conseguiría nuevos bienes con que pagar á sus acreedores, sino que éstos estarían obligados á suministrarle los alimentos que le fueran necesarios para él y su familia.

Creo pues, que al silenciar el Código de Comercio las escepciones al principio del desapropio establecidas en los otros códigos, se ha remitido á ellos y sus disposiciones son aplicables á la quiebra.

Pudiera creerse que el artículo 1553 contiene una escepción al derecho

común, al consignar que no llega la privación de la administración de los bienes del fallido, ni á las pensiones debidas á este por el Estado, ni á los bienes que le han sido donados ó legados con la condición de no quedar sujetos al desapropio.

¿Hay alguna razón especial al comercio, para derogar en este caso al derecho común? No lo creo, y si la hubiera no sería por cierto favorable al comerciante, cuyas obligaciones son mas estrictas y cuyos compromisos son mas sagrados.

Los acreedores al tratar con su deudor, han contado necesariamente con los bienes que saben pertenecerle y solo puede burlarse esa legítima esperanza por alguna razón fundamental de justicia ó interés público.

Los bienes donados con la condición de no estar sujetos al desapropio, dice la ley, quedan en poder del fallido. ¿Pero á qué bienes se refiere, á los donados anteriormente ó á los que lo han sido después de la quiebra?

Parece que esta última sea la verdadera interpretación, puesto que el artículo se refiere á bienes *donados al fallido* y en este caso es racional y legítima la limitación de la ley, porque como dice Renouard: «Los acreedores no han podido contar sobre ese bien que ha adquirido su deudor despues de haber celebrado con ellos sus transacciones y por otra parte no dejan de recibir los mismos acreedores un beneficio, puesto que eso les permitirá retirar al fallido la pensión alimenticia que le hubieran acordado y podrán recibir un dividendo mayor en el caso de hacer un concordato.»

El Dr. don Jose María Moreno en su «Estudio sobre las quiebras» interpreta en ese sentido el artículo que he transcrito y sostiene que «le consta, por haber tenido en su poder el original del artículo del código propuesto por el Dr. Velez, que la mente de los legisladores fué exceptuar solo los bienes detenidos posteriormente á la quiebra.» Es también la opinión de Massé y Bedarride.

¿Y en cuanto á los donados con anterioridad á la quiebra, estarán igualmente exentos del desapropio?

Se dice, que en realidad, el fallido no ha sido nunca propietario de tales bienes supuesto que se los han donado y los ha recibido con esa condición y que sería violar el contrato y la libertad del donante, que no habría hecho su liberalidad sin esa condición; que, por consiguiente, no han podido válidamente contar con ellos los acreedores y que no hay injusticia alguna en separarlos de la masa.

Pero creo que esas razones no son concluyentes, porque si esa prohibición del donante debe respetarse para no dificultar los actos de liberalidad y acatar la voluntad de las partes, debe también, como toda excepción á un principio general, interpretarse restrictivamente y no establecer de un modo absoluto que los bienes sujetos á tal condición no entrarían á poder de la masa.

En primer lugar, los frutos de la cosa donada, los accesorios que se hayan unidos á la cosa por el donatario y el aumento de valor que haya adquirido, quedan exentos de la prohibición, porque le pertenecen al fallido incondicionalmente y no han sido el objeto del contrato de donación ni podido ser la intención de las partes contratantes.

En esos límites debe encerrarse, á mi juicio, la disposición que comento, por ser las excepciones de derecho estricto y porque el artículo 885 del C. de P. así lo dispone expresamente concordante con el artículo 2326 del C. C.

Como consecuencia de la privación que pesa sobre el fallido en cuanto á la administración de sus bienes, existe la de no poder iniciar ni continuar acción ni ejecución alguna.

El segundo efecto que produce la quiebra respecto al fallido, consiste en la incapacidad en que lo coloca la ley de ejecutar transacciones de cualquier clase que sean y solo permitirle tratar por cuenta ajena cuando ha sido casual ó haya cumplido la pena correccional en el caso de ser culpable.

Me parece excesivamente injusta tal inhabilidad, y perjudicial en sumo grado, no solo á los terceros que ignoran, en la mayor parte de los casos, la incapacidad de la persona con quién contratan, sino á los mismos acreedores que se ven privados, de obtener la cancelación de sus créditos con el producto de la industria de su deudor.

Los efectos fundamentales de la quiebra respecto á los acreedores consisten en suspender las acciones individuales de cada uno, sometiéndolos á un régimen de igualdad y unidad, imprescindibles para hacer menos onerosa la situación de todos, y hacer exigibles todas las deudas pasivas del fallido.

Para resolver todas las cuestiones que surgen con respecto á la situación de los acreedores y fallido, se puede sentar un principio reconocido por la corte de casación de Francia: «si los acreedores fundan un derecho, no en sus propios títulos, sino en los de su deudor, son los causahabientes del fallido; si por el contrario lo fundan en su propio título, son terceros respecto de este.

Es decir, que hay que considerar á los acreedores como causahabientes del fallido y que se ponen en su lugar y grado en todos aquellos casos que no obran por derecho propio, y que respecto á las relaciones entre los acreedores mismos, son verdaderos terceros.

¿Y cuál es el efecto que produce la quiebra en los derechos de los acreedores y deudores reconocidos por sentencias ejecutoriadas? ¿Esas sentencias hacen cosa juzgada á su respecto, ó son terceros á quienes no alcanzan sus efectos?

Esta cuestión, como todas las que se rozan con la cosa juzgada, es de árdua y difícil solución, porque no hay principios ciertos en la legislación y no habiendo principios fijos, la jurisprudencia es vaga y arbitraria.

En nuestros códigos, las disposiciones á ese respecto brillan por su au-

sencia y apenas si hay un inciso, perdido allá en un artículo del código civil que se refiere á tan grave como importante materia y algunas aplicaciones especiales en el código de procedimientos.

Trataré pues, de buscar en los tratadistas un principio que sirva para orientarme en la cuestión que me toca resolver. En el primer momento parece están todos de acuerdo, estableciendo que para que haya cosa juzgada es preciso que el juicio nuevo tenga el mismo objeto, la misma causa y sean las mismas las partes que litigan; pero desaparece inmediatamente ese acuerdo y esa unanimidad, para hacer lugar á la anarquía mas espantosa cuando se trata de aplicar la regla que enuncian; así conocida es la célebre teoría sostenida por Aubry y Rau y Zacharias sobre las causas próximas y lejanas, lo mismo que la de Pottier y Toullier acerca del todo y de la parte, teorías que antes de ser victoriosamente refutadas por Marcadé y Laurent, ya lo habían sido por los distingos y subdistingos, que se veían precisados á hacer los autores mismos que la sostenían.

Paso por alto esa controversia, para limitarme á la tercer parte de la regla sentada por los Romanos y reproducida por los autores modernos por ser la aplicable al caso en cuestión.

Los fundamentos en que descansa la cosa juzgada son de interés supremo; están en juego nada menos que el prestigio de la justicia y los intereses mas caros de la sociedad. Con mayor razón que en la prescripción, puede decirse, que la cosa juzgada es la madre del género humano; sin ella el mundo sería un proceso sin fin, los derechos mas sagrados estarían indecisos y en constante amenaza; se vería el irritante y desconsolador espectáculo de que la justicia deshiciera sus propios fallos y borrara caprichosamente lo que el día anterior había escrito; la verdad siendo una, uno debe ser el fallo que la reconoce.

Es pues de interés social poner un límite á los procesos y con ellos á las discordias y desavenencias, que son sus compañeras inseparables. Pero no debe olvidarse que si el interés público se debe sobreponer al interés individual no ha de ser con mengua de la justicia y el derecho y que si es de estricta equidad y de gran interés público sellar para siempre el labio de los litigantes con la verdad reconocida por el magistrado, no debe tampoco condenarse á nadie sin ser oído.

Al lado, pues, del principio de la cosa juzgada se debe establecer el derecho sagrado de defensa y limitar aquella á las solas partes que han litigado.

¿Pero, cuándo se sabe quienes son las mismas partes y quienes son terceros? ¿Los acreedores, por ejemplo, son causahabientes del fallido ó son terceros?

Dejo la palabra al eminente profesor Laurent, que en sus principios de derecho civil se expresa así: «Los acreedores quirografarios no son mas los

causahabientes, de su deudor cuando atacan un acto hecho en fraude de sus derechos. Obran en este caso en virtud de un derecho que les es propio y que tienen no de su deudor sino de la ley. Este principio se aplica á las sentencias. Cuando el deudor se deja condenar por causa de una colusión fraudulenta concertada con un tercero, los acreedores pueden atacar la sentencia. No se puede decir estuvieran representados en el juicio por su deudor, cuando este en vez de sostener su derecho lo abandona fraudulentamente á un tercero; lejos de representar á sus acreedores, es su adversario. Es claro que en este caso incumbe la prueba del fraude á quienes lo invocan; si el fraude no se prueba, puede oponerse la cosa juzgada.» (Tomo XX pág. 129.)

Y en el tomo XIX refiriéndose al caso en que los instrumentos privados tienen fecha cierta respecto á terceros, dice así: «Los acreedores de una quiebra son los causahabientes del fallido? Se ha juzgado que los acreedores continúan la persona del fallido, que se ponen en su lugar y grado y ejercen sus acciones.—Se deduce que los actos privados ejecutados por el fallido antes de la apertura de la quiebra son oponibles á los acreedores aunque no tengan fecha cierta antes de la quiebra; tales son, no solo los actos de administración, sino también las enagenaciones de cosas muebles ó inmuebles.

Esta teoría nos parece muy absoluta. ¿Es cierto que los acreedores continúan la persona del fallido? Se debería evitar servirse de expresiones que se relacionan á otro orden de ideas. Los acreedores no pueden ser comparados con los herederos, que son los únicos que continúan la persona del difunto. Los herederos suceden en los derechos de su autor y son responsables de sus obligaciones; es por esto que los actos del difunto hacen la misma fé á su respecto que respecto de su autor. Es evidente que no puede decirse lo mismo de los acreedores; son sucesores á título particular, no se puede, pues, decir que continúen la persona de su deudor. Es cierto que si el deudor cae en quiebra, es separado de la administración de sus bienes; es esta administración la que pasa á manos de los acreedores ó de los síndicos que representan la masa. Pero solo toman la administración desde el día de la apertura de la quiebra.

En cuanto á los actos anteriores, sus relaciones con el fallido son las de todo acreedor con su deudor.

Reina una gran confusión en la jurisprudencia acerca de esta materia; como ella concierne al derecho comercial, no nos corresponde criticarla en detalle. Citarémos algunas decisiones que concuerdan con nuestra opinión.

Una sentencia de la corte de casación dice: «Si los acreedores de un quebrado son bajo cierto aspecto los causahabientes del fallido como sustituidos en sus derechos y los únicos que pueden ejercerlos, no dejan de ser terceros cuando obran para defender la prenda común de los acreedores y para hacer

entrar en el activo los valores que se hubieran hecho salir de él.» (Tomo XIX pág. 360.)

Luego, cuando el fallido ha obrado en fraude de los acreedores, las sentencias no hacen cosa juzgada á su respecto; son verdaderos terceros, pero ¿sucederá lo mismo cuando los acreedores no puedan oponer fraude ni simulación alguna á un juicio seguido contra el deudor, y cuyas sentencias han establecido definitivamente los derechos del acreedor ó deudor que litigaba con el fallido?

Veamos que dispone especialmente nuestra legislación de quiebras.

El artículo 1548 dice «que la declaración de quiebra fija irrevocablemente los derechos que tenían los acreedores el día anterior al del pronunciamiento». Esta disposición no precisa claramente cuál es el derecho de un acreedor que ha obtenido una sentencia ejecutoriada en su favor, por que si bien dice que el auto declaratorio fija sus derechos, no decide la cuestión de saber cuales son esos derechos, que es precisamente lo que se desea y despues nada decide respecto á los mismos derechos reconocidos á los deudores por sentencias ejecutoriadas.

Hay sin embargo otras disposiciones que parecen sancionar el principio desarrollado por Laurent «que en general los acreedores son los causahabientes del fallido, salvo en casos de fraude».

El inciso primero del artículo 1550 dice: que «no podrá intentarse ni continuarse acción ni ejecución alguna sinó con los síndicos»; luego, los acreedores se han colocado en el grado y lugar de su deudor y le han sucedido en el ejercicio de sus acciones y ejecuciones y aclara mas esta interpretación el inciso siguiente al decir que «privado del ejercicio de sus acciones el fallido etc.», es decir, que solo pasan á los acreedores las acciones del fallido en el estado que tenían antes de la quiebra.

Si, pues, el fallido no tiene recurso alguno, contra las sentencias dictadas, tampoco lo tendrán los acreedores. Se dirá que estas disposiciones no son concluyentes; pero en ese caso creo que el principio establecido anteriormente resuelve las dificultades que origina el cambio de estado del deudor para precisar los derechos reconocidos por sentencias ejecutoriadas ya á otros acreedores, ya á terceros ya á los deudores del fallido; principio que puede formularse así: si los acreedores prueban el fraude de su deudor y del colitigante con quien ha seguido el juicio, las sentencias no adquieren el carácter de cosa juzgada respecto de los acreedores que se considerarán en este caso como terceros, y pueden estos renovar el juicio; si no prueban ese fraude se considerarán como sucesores del fallido y las sentencias producirán á su respecto, los mismos efectos que respecto á su deudor común.

(Continuara).

INSTITUTO DE ESTUDIOS DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA

AÑO 1883

CLAUSURA DE CLASES

Por el Doctor Don Elias Regules

Señores :

Todo lo que empieza debe tener un fin. En los primeros meses del año fenecido, decíamos que esta Sociedad emprendía su obra de costumbre, su tarea de siempre, contando con los mismos elementos y valiéndose de idénticos medios. Ahora, creemos llegado el momento de dar una tregua al trabajo, creemos estar en la época de dar por terminado el año de estudios.

Han pasado ya todos los instantes de fatigas; y si la cosecha está ó no en relación con el sudor depositado en los surcos del arado, no soy yo quién debe decirlo; el tiempo corre, y no adelantará mucho en su carrera para que podais encontrar una respuesta clara y evidente.

Nuestros deseos hubieran sido ofrecer en este mismo recinto, esa elocuente prueba que es preciso ir á buscar en otra parte, pero circunstancias, de todos conocidas, han impedido que aquellas aspiraciones se realizaran. Los exámenes reglamentados y oficiales dados en la Universidad Mayor, durante el mes de Noviembre ppdo. y los oficiales también, pero libres, que deben efectuarse en el mes que trascurre, son obstáculos insuperables para que la Sociedad Universitaria pueda tener la satisfacción de presentar en su mismo local, una demostración acabada de haber cumplido su programa.

Vamos, por consiguiente, á decretar el reposo para el cuerpo puesto en movimiento, sin que sea posible presentar á su lado, los átomos con que se aumentó su masa, en el camino recorrido.

En su trayecto, empezado con el afán legítimo del que busca su perfeccionamiento, continuado con el entusiasmo que despierta el conocimiento de lo ignorado y concluido con el anhelo ardiente de conquistarlo todo, los mas bonitos panoramas han recreado la mente del viajero.

Aquí, se observaban las combinaciones caprichosas é invariables de los números, dando en breves y sencillas relaciones de guarismos, el mismo resultado que largas y difíciles operaciones intelectuales, si á practicarse fueran sin auxilio alguno. De una manera insensible é imitando el parto de los espíritus, con que Sócrates quería ilustrar á sus discípulos, va uno poco á poco descifrando los entretenidos geroglíficos que se formulan con esas letras, representantes plenipotenciarios de las diversas cantidades que pueden encontrarse en los problemas.—Líneas aisladas ó en conjunto, distintas en forma ó estensión, figuras que viven en una superficie y limitaciones en todos sentidos del espacio, agitándose en el espacio mismo, se presentan á manera de un mundo independiente, disperso en la Naturaleza y solo unido en las células de nuestra inteligencia.

¡Cuánta admiración despierta el estudio de todo esto! ¡Cuánta verdad se bebe en la ciencia del número y de la línea! Con un rigor, siempre citado como ejemplo, se pasa de unos conocimientos á otros superiores, con una claridad asombrosa se simplifica lo más complicado y con una evidencia incomparable se descubren verdades eternas que están muy por arriba de todo lo existente y de todo lo imaginable.

Mas allá, se veía al mundo marchando sin descanso. Puntos esparcidos sin orden y de una estensión pequeñísima, frente á frente de la retina, se convierten en colosos mantenidos armónicamente, cuando hacemos quebrar sus rayos entre las variaciones de las lentes. Una inmensa mole, cuyos átomos corren dentro de nuestra vida y cuya vida exige la condición de nuestra muerte, se trasforma en un corpúsculo insignificante girando esclavo en medio del espacio, rasgando el éter por pedirlo el amo.

En el poco dominio que abarca la impresión de una mirada, se encierran temas para numerosas investigaciones. Ellas se emprenden, se continúan desde la infancia de la humanidad hasta las horas presentes, auxiliándolas con todos los descubrimientos que el estudio adquiere, se llega y sigue, siempre con el deseo de ir mas adelante, siempre queriendo alcanzar el mas allá; y después de utilizados los afanes, al efectuar la síntesis de lo aprendido, al hacer el balance de las fatigas, solo encontramos los astros y el espacio.

Bajo otra faz, se apreciaba la agrupación de los átomos dando constitución á los cuerpos. Modos de ser, considerablemente variados, se presentan como fuerzas emanadas de un principio común, demostrando la existencia de algo que vive en la estensión y poniendo de relieve las muchas manifestaciones de lo que se ve y se toca.

Las notas repletas de armonía que daban fuerza al sentimiento en horas deliciosas de la vida y los sonidos entusiastas que retemplaban el brazo del valiente en los campos de la contienda, quedan reducidos á sencillas variaciones de lugar, á simples columpios en los ejercicios atléticos de los áto-

mos. Los agentes que fertilizan las campiñas y dan adolescencia á los frutos y el medio magestuoso que, saliendo de cuatro vasijas, recorre el mundo entero para llevar á distancias remotas la imágen de la idea, quedan simplificados en pocos movimientos.

Fuerzas que se disputan el derecho de reinar, materia indestructible que obedece al impulso de las fuerzas y movimientos resultando como engendro de unas y otras, forman la trinidad que impera arrogante en la Naturaleza, única causa aceptable para explicar, sin rubor de la ciencia, todos los fenómenos que nos brinda aquello que no puede crearse.

Muy cerca de esto, estaba la retorta. Cuerpos contemplados como la sencillez de lo extenso, por su aparente homogeneidad, se fragmentan en sustancias distintas y elementos independientes establecen sus sociedades, manifestándose como una única personalidad.

Por medio de moléculas pulverulentas que enturbian el líquido contenido en un tubo, ó por variaciones originadas en el color de un cuerpo, se percibe que el hierro que nos mata, vive en el interior de nuestras venas y que el fósforo que nos quema, arde silencioso entre la sustancia de nuestro cerebro.

Con una curiosidad legítima, se busca la constitución de lo organizado y, creyendo encontrarse con extraños, aumenta la sorpresa cuando solo se saludan conocidos. El carbono que presenta el vegetal abatido, ya se había visto en las piedras altaneras que adornan coronas y pierden cabezas. El ázoe que desprende el animal sin saberlo, estaba ya de manifiesto en los gases de la atmósfera y las humedades de las paredes. Valiéndose exclusivamente de materia inorgánica, se constituyen delante de nuestra vista, los cuerpos que en otrora se decían formados por la intervención de una mano oculta y misteriosa, uno de los muchos refugios que el hombre ha encontrado para no quedarse sin explicaciones.

Por otra parte se observaban folíolos replegados al llegar las caricias de la tarde, como buscando un reposo para volver después á las tareas de la vigilia, flores ataviadas con colores esplendorosos y ofreciendo la esencia que da vida y el dulce de su néctar, para llenar la santa misión de velar por la existencia de la especie, y frutos delicados que, con el abandono de la impotencia y conservando como fuego sagrado el tierno ser que en sus entrañas encierran, se dejan llevar por las circunstancias accidentales de los medios que los rodean, para que aparezcan hojas y flores allí donde solo había piedras y tierra.

Al través de pocos vidrios dispuestos ordenadamente, se asiste á los actos soberanos de una gran república. Porciones diminutas, vegiguitas casi insignificantes representan individuos, independientes unas veces, asociados otras, pero ofreciendo en el ciclo de su vida el fundamento de hechos, que de otro modo siempre serían ignotos.

Cuando los pétalos se estienden y los sexos maduran, vese á la naturaleza luchando para impedir el incesto. Disposiciones que deben verse y no describirse, el concurso de agentes meteorológicos y la cooperación admirable de los insectos que buscan el jugo azucarado, vienen en consorcio á demostrar con frases elocuentes, la castidad de las plantas.

No muy lejos surcaban los aires, cortaban las aguas y comprimían la tierra, séres que tambien tienen flores, en la lozanía de su pubertad, y que ofrecen frutos en la producción de nuevos organismos. Desde sus más elementales y constitutivos principios, hasta los fenómenos más complicados de su fisiología, todo se deslizó separadamente.

Agrupaciones según sus semejanzas, observación de cada individuo aisladamente y estudio de sus patrias y costumbres, vinieron después á permitir el establecimiento de una cadena que, insensiblemente y á disgusto del orgullo humano, llega hasta el ser que la Fábula coloca como dueño del Paraíso.

También se ha visto al hombre. Débil, muy débil, cuando el aire va por primera vez á tomar posesión de sus pulmones, atraviesa la época del desenvolvimiento, rodeado de temores y pidiendo cuidados para alcanzar los años en que su cerebro madura y su corazón se agita.

Aparecen entonces dentro de un cráneo, los retratos fieles de lo que desfila por delante de los sentidos. Conceptos aislados, colecciones de los mismos y apreciaciones poco ó sólidamente fundamentadas, dan entidad al arsenal de que dispone para las grandes luchas de la idea.

Allí, le vemos, con el ardor altivo de la convicción pura, sacrificar lo más estimable de sus días en aras de un pensamiento santo, allí le vemos, con las manifestaciones más sinceras de los sentimientos elevados, ser mártir de una vibración nerviosa, allí le vemos con todas sus grandezas y todos sus placeres, con todas sus miserias y todos sus dolores.

En las hojas del gran libro donde los hechos quedan anotados para siempre, está la humanidad en su desarrollo progresivo. Niño aún, ya quiere encontrar la causa de las cosas y, á su manera, se da por satisfecha; joven, vuelve con empeño á buscar los medios de certidumbre y, á su manera, se da por convencida; y adolescente, condena los milagros de los hechos para adoptar los misterios de la palabra.

Este es el conjunto de lo que se ha encontrado en el camino. Tibias son mis palabras para el que haya podido contemplarlo de cerca; y si me he permitido pronunciarlas, ha sido únicamente para refrescar el recuerdo de lo que va á dejarse. Digo mal, eso nunca se deja. Es un abandono relativo que se hace de tareas pesadas para volver después con más bríos; es el arco que se desarma para que no pierda su elasticidad.

Esta corporación, deja en el día de hoy, cerrados los cursos correspondientes al año 1883, pero abre en el libro de sus memorias una página de

gratitud y reconocimiento hacia las personas que, generosa y abnegadamente, han prestado sus conocimientos y su voluntad para que funcionaran las cátedras del pueblo.

Os he hablado en nombre de la Comisión Directiva y representando á una asociación. Consentidme ahora, como individuo, dirigir dos palabras á los alumnos que me han acompañado.

Señores estudiantes del aula de Física: Empezamos con el átomo y acabamos con la chispa. Subimos en la columna de Torricelli y bajamos por el bramante de la cometa de Franklin. Todo lo que habeis traído es el fruto de vuestros esfuerzos. Nada me debéis. Conservad esas adquisiciones que son flores que nunca se marchitan y no olvideis que la temperatura de la ciencia hay que mantenerla con el fuego constante del estudio.

Alumnos de Botánica: Muy tarde se me dispensó el honor de dirijiros. Si habeis tenido quien os enseñe, no he sido yo por cierto. Ya estaba germinando la semilla cuando nos conocimos y los árboles frondosos de hoy, han crecido al riego de otras manos. Quiero, sin embargo, repetiros antes de separarnos, que la savia precisa enriquecerse continuamente con elementos nuevos y que el pétalo no vale nada al lado del ovario.

Si alguna consideración os merezco, reeojed esto como recuerdo de nuestra despedida.

Á BECQUER

Por Don Santiago Maciel

El velo de los sueños que tegía
la ilusión en tu frente de poeta,
reverbera en tus rimas, matizadas
con la pálida luz de tu tristeza

Parece que un crepúsculo surgiese
del mundo de tus místicas leyendas,
que á un tiempo son suspiros quejumbrosos—
tiernos recuerdos de esperanzas muertas ;

Lagos dormidos de plateadas aguas
donde los genios de las ondas juegan
y se cuentan sonriendo las ondinas
la historia celestial de sus poemas ;

Perfiles luminosos — formas vagas
blandos ecos de lánguidas cadencias —
visiones vagabundas de la noche —
frases de amor y resplandor de estrellas.

Parece que un crepúsculo surgiese
del seno virginal de tus endechas —
la tarde del dolor... luz incolora
que envolvía tu espíritu en sus nieblas.

¡Oh Becquer inmortal, genio del arte —
foco de inspiración que el mundo llena —
siempre irán á beber los que han sufrido
en el dulce raudal de tus leyendas!....

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA APERTURA DE CLASES

Por el Br. Don Luis Garabelli

Señores :

Acabais de escuchar la palabra elocuente del doctor Barbat, dirigida á inaugurar en el presente período el primer capítulo de la bella obra de la enseñanza gratuita, que año por año se viene renovando en la Sociedad Universitaria.

Ese discurso es una página brillante, que unida á otras con que cuenta ya la historia de esta Institución, forman una aureola refulgente, aumentando su resplandor con las ideas de los varios señores que hallándose sucesivamente á cargo de sus destinos las tradujeron en hechos, honrándose altamente.

Todos ellos erijieron con sus acciones un templo donde los estudiosos, los que en su mente acarician nobles ideas, los que en su corazón albergan sentimientos elevados, pueden recojerse y nutrir su espíritu con sólidos conocimientos científicos ó literarios, preparándose así con más fuerzas á perseguir con tenacidad los ideales que mantienen vivo el fuego sagrado del entusiasmo, las ilusiones juveniles, las esperanzas crecientes, los sueños que son flores del alma, las altas inspiraciones que son su perfume, y todo ese cúmulo de tendencias excelsas que subliman á los corazones jóvenes y á las naturalezas privilegiadas. Vengan cada uno de esos jóvenes valientes de nuestra generación, á depositar su ofrenda, á añadir una guirnalda mas en el bello cuadro que ya ostenta nuestro centro floreciente y lleno de vida, como reflejo fiel de la inteligencia activa que anima nuestra juventud estudiosa, en cuyos pechos late el alma de la Universitaria.

Y que esos jóvenes están á ella vinculados, lo prueban sus adelantos, sus estudios verificados en su seno, estudios que los condujeron á la conquista de un título académico; lo prueban los lazos de amistad y compañerismo contraídos al calor de sanas ideas, de las controversias suscitadas en materias literarias y del cambio continuo de afectos, de creencias, de pensa-

mientos, respirando juntos el aire de la ciencia y el aire de la libertad, tan necesario y aún mas apreciable que el aire embalsamado de deliciosa atmósfera.

Los rápidos progresos de este Centro, la importancia de su benéfica obra, sus esfuerzos perseverantes por la causa de la educación gratuita, son el mejor timbre de gloria para sus fundadores.

Hoy ven en formas visibles y palpables lo que hace ocho años no era mas que un proyecto, una esperanza, una idea vislumbrada al través de vivas emociones.

Hoy ven un Instituto de estudios bien reglamentado y dirigido por cate-dráticos competentes, un laboratorio casi completo, una biblioteca, un pequeño museo y una Revista encargada de dar á la publicidad las producciones de jóvenes inteligencias, de esa *jeunesse dorée*, siempre inquieta, agitada, siempre anhelante de algo incierto, indefinido, con sueños en la fantasía y una sed inextinguible de saber en el cerebro. Y allí de las páginas brillantes, de los rasgos entusiastas, de las expansiones intelectuales, formando en armónico conjunto, cuadro acabado de las materias del saber, desde las ciencias que estudian el cuerpo social hasta las que indagan la causa de los fenómenos físicos, desde las que de los reinos de la naturaleza pasan á los reinos del infinito; todo, todo se verá en los capítulos de la Revista que con los *Anales del Ateneo* constituye la faz del movimiento pacífico de las letras uruguayas.

Allí hallaremos las producciones mas diversas: las de aquellas inteligencias que llamaremos telescópicas que se abisman en las profundidades del infinito sustrayendo cuales nuevos Prometeos, rayos de luz para iluminar el objetivo de sus gigantes anteojos, escudriñándolo todo, así la irresoluble nébula que se pierde en el camino de San Diego, como la casta Selena, así el lejano Neptuno como el deslumbrante Júpiter ó la poética Venus; las de inteligencias que llamaremos microscópicas que espaciando su ánimo en la contemplación de cosas diminutas y casi invisibles, aplican el objetivo ya á un insecto, ya á un infusorio, ya á la mas imperceptible célula; las de inteligencias matemáticas que gustan de ver en todo la proporción y la cantidad midiendo aquellas ideas absolutas de tiempo y espacio, engolfándose en el cálculo sublime, echando millones justos de leguas y kilometros entre astro y astro; las de inteligencias abstractas que ven sentimientos, ideas, formas, concepciones, al través de una pura abstracción, encastillándose en el yo de Kant y viviendo en el cielo de la Razón impersonal; las de inteligencias que de todo hacen materia plástica, que todo lo reducen á formas tangibles, limitándose á lo que se ve y se palpa cual conviene al siglo XIX y en fin las de inteligencias poéticas y excelsas que navegan de continuo en las elevadas regiones de lo grande, lo bello y lo sublime, con ideales vastísimos, con la

llama sagrada en su corazón, en busca de lo ignoto ó de una verdad vislumbrada entre las tormentas del espíritu, de esa verdad ó de ese ideal que se aleja mas y mas semejando el espejismo del desierto, agujoneadas por la duda, impulsadas por el dolor, persiguiendo con exaltación ese destino vago é indeterminado y con la mirada fija en el mas allá desconocido. Estos últimos nos harán soñar, sentir, sus melodías bajarán al fondo de nuestro corazón y sus dolores serán nuestros dolores, y sus penas nuestras serán, y sus llantos nos llenarán de dulzura, emocionándonos mas ó menos según la naturaleza de nuestro sentimiento estético. Las comprenderemos mas y mejor cuanto mas alejados nos halleemos de la tiranía del cálculo y del egoísmo, cuanto mas fervor tengamos por la adoración de lo grandioso y de lo verdaderamente sublime.

Hagamos votos por que esos pocos cerebros escojidos, esos que viven la vida de la idealidad, vean convertidos en paraísos risueños las aspiraciones ardientes que mantienen el fuego vestal en su corazón.

Hagamos votos por que esos sean los mas, y que en los diversos apostolados á que dediquen su existencia, tengan como punto de mira el culto por los altísimos ideales y el amor á la humanidad.

Están abiertas las páginas del primer capítulo de la obra que va á emprender en el presente año la *Sociedad Universitaria*.

Tributad vuestro aplauso á sus ilustrados catedráticos.

LA YERBA MATE

PREPARACIÓN — PROPIEDADES FISIOLÓGICAS

Por el Dr. Don Santos Errandonéa

La yerba, que diariamente usamos, y que es objeto de ilimitado comercio, proviene de los tallos, hojas y frutos, sometidos á una operación prévia, de una especie originaria de Sud-América. Es el *Ilex paraguayensis* (Lambert), *Ilex mate* (Saint-Hilaire), *yerba de San Bartolomé*, *té del Paraguay*, *té de los Jesuitas*, *arbore do mate* ó *arbore da Congonha*; especie perteneciente á la familia de las Aquifoliáceas ó Ilicíneas, del órden de las Frangulíneas; florece de la segunda quincena de Junio á la primera de Julio. Su altura es de tres á seis metros; es constantemente verde, de hojas espesas, alternas, ovalo-cuneiformes, oblongas ó lanceoladas, dentadas, persistentes, y tiñen de un verde intenso las manos cuando se las frota.

Sus flores, de un color blanco, se componen de cuatro pétalos é igual número de pistilos colocados en los intervalos, y se agrupan en racimos conteniendo cada uno, término medio, treinta flores.

Sus frutos, del tamaño de un grano de pimienta, y aún á veces un poco mayor, son bayas que contienen cada una cuatro pequeños carozos.

¿Existe una sola especie de *Ilex*, ó hay, por el contrario, varias? Hé aquí un punto que se ha discutido mucho, sobre todo, al principio, cuando este vegetal empezó á ser estudiado. Hoy día se halla fuera de duda que esta especie no es la única del género. Mr. Bompland, honrosamente conocido en la ciencia por sus estudios sobre la flora americana, ha dilucidado por completo el punto. Ha tenido ocasión de observar especies diferentes, y aún los guaraníes mismos conocían el hecho, pues las designaban con nombres diversos, tales como *Caá-chiri*, *Caá-mini*, *Caá-quazú* (*) y *Caá-ná*. Los indígenas tenían en tal estima y veneraban tanto esta planta, que la conside-

(*) Arbol bastante parecido de lejos al naranjo, y la más común de las diferentes especies; de él se extrae la yerba paraguaya, y parece haber sido cultivado por los indios que se habían convertido á los jesuitas.

raban como un don de los dioses, y celebraban festividades en su honor. El nombre con que la designaban demuestra bastante bien la importancia que le atribuían; *Caá*, que en su idioma significa planta por antonomasia, siguiendo en esto las huellas de otras tribus indígenas, que han bautizado con nombres apropiados á vegetales que á sus ojos tenían algun valor, ya por sus propiedades, ya por los beneficios que les reportaban. Tal sucede con el Haschisch, lo mismo que con la Coca, tan venerada entre los indios, por servirles para resistir á las fatigas de un largo viaje, nombres que significan también planta. No es de estrañar, pues, que los españoles, en vista de la utilidad que prestaba á los americanos, la hayan bautizado con el nombre genérico de yerba.

Hasta Augusto Saint-Hilaire había confundido el *Ilex mate* con otras especies, entre ellas el *Psorulea glandulosa* L., planta leguminosa originaria de Chile, que se distingue de la primera, no solo por sus caracteres botánicos enteramente diferentes, sino por sus propiedades fisiológicas. La infusión de la leguminosa es estomáquica en pequeñas dosis, purgante y vermífuga en altas, y la de las raíces es también catártica. Varias especies del género *Luxemburgia*, de la familia de las Frankenicas, han sido también erróneamente consideradas como *Ilex*.

La distribución geográfica del árbol de la yerba no es muy estensa, asemejándose en esto á otros vegetales de importancia. Puede fijarse su situación entre los grados 10 y 28 de latitud, por un lado, y el Océano y los Andes por otro. En esta limitada región se halla distribuido de diferente manera, ya formando selvas espesas, ya grupos aislados y pobres, restos quizás de una vegetación en otros tiempos exhuberante, y que no ha podido resistir al hacha del yerbatero. Ha sido visitada en diferentes ocasiones por Bompland, y hé aquí lo que éste sabio decía al respecto en 1856: « Tómesese una regla; colóquese una de sus extremidades sobre la barra del Rio Grande, que lleva sus aguas al Océano, y la otra en Villa Rica, en el Paraguay. En toda esta línea se hallan yerbales naturales; todos los tenemos situados al N. E. de ella; ofrecen yerbales á distancias mas ó menos remotas, cuando al S. O. no se encuentran sino algunas matas esparcidas, sea en la orilla de los montes, sea en el interior de ellos ».

A pesar de esto, algunos observadores dicen haber visto esta especie en otros puntos como en las Guayanas, y aún el mismo Bompland ha hallado algunos piés en la isla de Martín García. En las selvas de San Francisco dice Martín de Moussy que ha reconocido el *Ilex paraguayensis*, aunque no en tan gran cantidad, y sin revestir la lozanía y el vigor de las especies que habitan el alto Uruguay. El señor Ordoñana, que tiene el honor de haber sido el primero que entre nosotros se ha ocupado de la yerba-mate, y escrito sensatos artículos, dice que se la ha cultivado en esta República;

trayendo plantas jóvenes del Paraguay. Hasta ha sido cultivado en España, según el mismo autor, en la época de Carlos IV, bajo cuyo reinado se llevaron diversas especies de América para la formación de un jardín botánico, y entre ellas el *Ilex*. Larrañaga ha sido el primero que en nuestra patria ha cultivado el árbol de la yerba, y después se le ha visto vegetar en otros puntos, como Mercedes, Montevideo y Minas, poseyendo la Asociación Rural una rama regalada por el señor Corta, y procedente de este último departamento.

Dice el botánico Asperger, que la causa de no haberse diseminado el *Ilex*, es debida, por una parte á la dificultad en el transporte de las plantas para los sitios en que se quisieran cultivar, y por otra al hecho afirmado por los indios, de que no podía obtenerse nunca, plantando las semillas. Pero, según el mismo naturalista, un fraile descubrió un medio muy sencillo, cual era el de hacer tomar á los niños cierta cantidad de miel mezclada con las semillas, que, reblandecidas en el tubo digestivo, eran propias para germinar. Mas tarde los chajáes, ñandúes y viguás ejercieron perfectamente esta función, enterrando después los hortelanos las deyecciones de esas aves.

No hay que extrañar que el mate pueda cultivarse fuera de los grados de latitud en que se presenta en la naturaleza, puesto que los jesuitas, que se habían dedicado al cultivo de esta planta por los pingües resultados que obtenían, han demostrado que con los cuidados necesarios puede crecer aún en los 30° de latitud. Ellos fueron los que iniciaron el cultivo de esta planta, y por medio de la selección pudieron obtener especies dotadas de mejores cualidades que las que existían en estado silvestre. Después de su expulsión, nadie continuó los trabajos por ellos emprendidos, y la yerba era extraída de los yerbales que en número de treinta y dos habían dejado en las Misiones. Las plantaciones de yerba las obtenían, ya por medio de almácigos de semillas elegidas de árboles viejos y robustos, ó bien cultivando pequeñas plantas traídas de los yerbales naturales; eran colocadas á cuatro ó cinco varas de distancia unas de otras, para que mas tarde, cuando crecieran, se hallasen bastante separadas, y no pudiesen sufrir por su aglomeración las consecuencias inherentes á la falta de luz y de aire. Es lógico suponer que estas especies así cultivadas y sujetas á la poda, en cierta época del año, dieran mas yerba, y de mejor calidad que las que vegetaran en estado silvestre; y puede razonablemente atribuirse á esa falta de precaución, la desaparición de yerbales estensos bajo el hacha de explotadores ambiciosos, que no teniendo en cuenta mas que sus propias miras, han hecho desaparecer de esa manera selvas de una vegetación rebosante.

Las hojas y los tallos del árbol de la yerba, antes de pasar al estado en que se encuentran en el comercio, han tenido que sufrir una serie de operaciones que tienen por objeto, ya extraer la materia resinosa que contienen en gran cantidad y que las haría impropias para ceder algunos de sus principios componentes á la infusión á que se someten, ya hacerlas mas friables, para reducir las á un estado mas ó menos pulverulento, estado que facilita, primeramente la disolución de sus principios elementales, y luego su acondicionamiento.

Llegada la época de la cosecha, los individuos dedicados á este trabajo empiezan á ponerse en movimiento. De los pueblos cercanos á los yerbales, se ven salir grupos de hombres con carretas, y munidos de sus provisiones. Van además armados con el objeto de resistir en caso de necesidad ya á las fieras, ya á las tribus salvajes que puedan merodear por esos puntos. No es una sola vez que han sido asaltados. Recuerdo haber leído en una obra de viajes, que cierta ocasión, en una guerrilla que tuvieron que sostener contra una horda, resultaron varios muertos y heridos. Llevan además algunos animales para que les sirvan de alimento durante el tiempo que piensan permanecer en el monte. Una vez llegados á este, empiezan á recorrerlo con el objeto de buscar su nuevo punto de residencia; generalmente suele ser á orillas de un arroyuelo. Allí levantan en poco tiempo un rancho y entonces empiezan su faena. Se distribuyen en grupos de cuatro ó cinco hombres armados todos de hachas y bajo el mando de un capataz. Comienzan á derribar las ramas mejores y después de haber reunido una cierta cantidad, esta es sometida á una serie de operaciones que toman diferentes nombres.

Forman primeramente con largas varas entrecruzadas en forma de red una especie de parrilla de grandes dimensiones; sobre ella colocan las ramas recojidas y en su parte inferior encienden el fuego, teniendo cuidado que la llama sea débil y separando las hojas que se hubiesen ennegrecido. Sometidas de esta manera al calorico las hojas pierden gran parte de su agua y algunos principios volátiles por lo que aparecen mas secas y con una disminución de una tercera parte de su peso. Esta operación preliminar que dura como cuatro horas toma el nombre de *oberé*.

Viene en seguida la segunda, la más importante de todas, y que se designa con el nombre de *Barbacuá*. Las ramas sometidas al *oberé* son transportadas á un punto donde se ha formado el grosero aparato que ha de hacer sufrir la torrefacción á la yerba. Se compone este aparato de ramas entrecruzadas, de manera de formar una especie de bóveda semi-cilíndrica con un enrejado á los lados y abierto por delante y detrás. Puede formarse una idea muy aproximada de su forma, recordando la de las rejillas que se usan en los casos de fracturas de las extremidades, para impedir que el peso de las cubiertas despierte el dolor en los miembros lesionados. El *barbacuá* se halla

sostenido por una gruesa viga transversal que descansa sobre dos horcones con el objeto de no caer bajo el peso de la yerba que se coloque en su parte superior.

El piso del barbacuá difiere del resto del suelo; es mucho mas duro, y para obtener esto, esparcen una especie de barro hecho con una tierra especial mezclada con la sangre de los animales, que, como se ha dicho, llevan para su alimentación. Esta mezcla, bien esparcida y pisada, adquiere al secarse, una dureza notable. Encima de este piso esparcen diversas ramas secas y lijeras con el objeto de encenderlas mas tarde. Hé aquí preparado el barbacuá. En cada uno, puesto que son varios, trabajan cuatro hombres, todos bajo el mando de un capataz, que generalmente es el más entendido en la materia, y al cual dan el nombre de *Urú*. Empiezan los trabajadores á colocar ramas de yerbal encima del grotesco aparato que hemos descrito, y una vez concluido esto, el *Urú* colocado en un punto elevado suficientemente para dominarlo todo, dá orden de encender el barbacuá. Cumplido el mandato, los trabajadores se ocupan, ya en colocar nuevas ramas, ya en apagar el fuego en los puntos en que empieza á quemarse la yerba. Dícese que el *Urú* tiene tal práctica, que, desde el sitio en que se halla colocado, conoce cuando sucede este principio de incendio únicamente por el color del humo.

Esta operación dura generalmente un día y una noche, y una vez concluida empieza el *aporroeo*. Para ello sacan previamente del interior del Barbacuá la ceniza y demás productos de combustión; una vez bien limpio de esta manera el piso, empiezan á dar fuertes golpes sobre el enrejado, con el objeto de hacer caer á su interior las ramas que han sufrido la torrefacción. Estas que se han vuelto secas y friables, son sometidas á una fuerte percusión, por medio de aporreadores hasta que llegan á adquirir un estado pulverulento más ó ménos completo.

De esta manera ya está elaborada la yerba, pero falta acondicionarla. Para esto es transportada al rancho, que ya hemos mencionado, donde cada pcón se provée de un cuero, que, perfectamente humedecido es sujetado por medio de estacas en la parte superior de un hoyo mas ó ménos profundo.

Empiezan entonces á echar la yerba encima del cuero, el que por su elasticidad y por la presión de un mazo, empieza á dilatarse poco á poco la forma del hoyo que ya llena perfectamente. Esta operación toma el nombre de *ataquéo* y del cuidado que se pone en efectuarlo depende la calidad de la yerba; si esta no ha sido perfectamente prensada; si queda cierta cantidad de aire en su interior, entonces se reúnen todas las condiciones que facilitan su descomposición; prefiriéndose por esta causa los cueros á las bolsas porque en estos fácilmente se introduciría el aire por sus poros.

(Continuad.).

EDMUNDO DE AMICIS

BOCETO LITERARIO



Por el Dr. Don Manuel Herrero y Espinosa

A las grandes épocas de prosperidad política y económica en los pueblos ván unidas las no ménos importantes de desarrollo literario. — Así España y Francia tienen sus respectivos — *siglos de oro* — en los momentos de mayor preponderancia, cuando sus armas triunfadoras dictaban leyes al mundo y sujetaban comarcas enteras á su dominio.

La historia llena de vicisitudes de Italia, sus desmembraciones continuas, sus grandes cataclismos, sus dolores sin cuento, no obstaron nunca al desarrollo intelectual de sus simpáticos hijos, quienes en medio de las tristes horas de la guerra civil ó en las nefandas de la conquista estrangera, trabajaron incansablemente deslumbrando al mundo con sus producciones, muchas de ellas clásicas é insuperables. — Parece que el sufrimiento los hubiera hermanado con la inspiración y han cantado en la noche de su desgracia, como si contemplaran en el aire las fantásticas sombras de la multitud de génius que produjo la antigua Italia.

En los últimos tiempos, después de largos años de una lucha á muerte, de una guerra legendaria, la Italia ha conseguido el ideal tras de cuya realización corrió en todas las grandes evoluciones de la época moderna: — Italia es una; — sus hijos desde Sicilia hasta los Alpes, de la Liguria hasta Venecia, forman una sola nación, un solo gran pueblo unido por el lazo de una misma tradición y de un mismo idioma.

Conjuntamente con este gran acontecimiento político que ha elevado al rango de nación de primer orden á la Italia, se ha operado un renacimiento literario tan importante, tan trascendente, que fuera locura negar que la literatura italiana es, al presente, la mas floreciente de Europa.

Los escritores italianos de todos géneros y de todas materias llenan el mundo con sus libros: — la poesía lírica, la novela, el drama, la historia, la jurisprudencia, la medicina, todo tiene representantes distinguidísimos en Italia, no ya como discípulos mas ó menos aventajados de tal ó cual escuela

extrangera, sinó como maestros dignos de ser imitados por todos los hombres laboriosos y por todas las inteligencias realmente justipreciadoras del alcance y valor de los esfuerzos del talento humano.

Entre esa innumerable cantidad de inteligencias descuella inimitable, sin rival, único en su género, ameno en grado increíble, Edmundo de Amicis, nombre actualmente conocido por las clases ilustradas de la sociedad y familiar desde hace muchos años á los hombres de letras.

Posée la inimitable facultad de la descripción en un grado increíble.—

Pero no esa descripción detallada y abrumadora, ese inventario constante que Taine critica tan justamente á los autores ingleses, y á Dickens especialmente, — sinó ese boceto moderno que Fortuny inauguró en la Pintura y Amicis ha vivificado en la literatura.

De-Gubernatis en su *Diccionario biográfico*, ha criticado hasta cierto punto, ese afán colorista de Amicis.—Tal vez tenga razón el ilustre crítico, pero olvida que la naturaleza humana tiene invencibles tendencias que difícilmente puede contener el talento, y mas aún, que si esa es la especialidad de un productor artístico hay mayor conveniencia en seguirlo hasta el último término de sus concepciones que en poner trabas al desarrollo natural de las inclinaciones de su espíritu.

La condición esencial de las obras de Amicis está en la impresión profunda é indeleble que dejan en el espíritu del lector: — la imaginación enardecida al leer aquellas descripciones llenas de vida se lanza á regiones y países desconocidos, descubre nuevos horizontes, goza, sufre, ríe ó llora acompañando al viajero en sus horas de mas ardientes inspiraciones ó en sus momentos de mas abrumadoras nostalgias.

Disertar de este modo acerca de Edmundo de Amicis, es darle ya en la Literatura el puesto que le corresponde, — el de escritor de viajes.— Sus recuerdos de *touriste* forman una admirable colección de láminas que la fotolitografía no puede sobrepasar.

Sus estudios humanos contenidos en las dos obras — *Novelle* y *Gli amici* — no tienen quizá el alcance y el vigor de sus recuerdos de viaje; pero, para emplear una frase muy usada entre nosotros, puede decirse de todas sus obras que — hay en ellas el sello de la obra de varón.— Amicis es el mismo, eternamente el mismo lleno de pulcritud y de aliño, el escritor fluido y de extremada sencillez, pero acicalado y cuidadoso como una dama, — el de los giros armoniosos y frases sonoras, lleno de mil caprichos y escrúpulos para decir lo que cree que puede ofender el decoro del lector: — sobre esto no hay duda, — la misma pluma que describió á Santa Sofía es la que pintó el boceto de *Furio*, la diferencia consiste en la tinta, — de esto me he convencido: — en el tintero de Amicis no había líquido del mismo color cuando describió una y otra cosa.

Pero en cambio — ¡qué admirable combinación de colores, qué sorprendentes efectos de luz, qué realidad tan viviente hay en aquellas descripciones de la trabajadora Holanda, medio sepultada en el mar para mantener una perpetua humedad en las raíces que nutren su tronco y eternamente coronada de nieblas que se envuelven y se arremolinan, como tules vaporosos, alrededor de las afiladas agujas que coronan sus severos templos!

Varias son las obras de viaje que ha escrito Edmundo de Amicis, cuyos títulos son los de los países que describe: *España, Holanda, Recuerdos de París y Londres, Constantinopla y Marruecos.*

Cada una de esas obras tiene su peculiaridad, su colorido, su tono especial. — Parece que el autor escribiera á larga distancia uno y otro libro, — contemplando á lo léjos grandes horizontes, nuevos aspectos del cielo y de la tierra, — recojiendo inspiraciones diversas y hasta hablando idiomas distintos. Sin embargo, tengo entendido que, Edmundo de Amicis sólo toma breves apuntes durante el viaje, habiendo escrito todos sus libros después del regreso á Italia, á la casa paterna. El viaje, sus mil peripecias, los mil aspectos del paisaje, las personas con quienes pasó ratos agradables, todo le queda grabado en la memoria, de una manera tan indeleble, que á la sola evocación de su fantasía, resucitan los acontecimientos en su cerebro, y escribe como si estuviera pintando del natural.

Cada lector encuentra motivos de entusiasmo en una ú otra de las obras de Amicis, segun sean sus predilecciones literarias ó sus tendencias artísticas. Por lo que á mí toca, confieso que ninguna me ha dejado una impresión mas profunda, mas indeleble, que la titulada *Marruecos.*

En algunas horas de reminiscencias íntimas, cuando la imaginación fabrica *chateaux en Espagne*, como dicen los franceses, sueño algunas veces que he estado en Marruecos: — que he visto aquella llanura desierta é interminable del Sebú, — que he sufrido los ardores cruentos del abrasador sol africano, que un grupo de niños del *aduar* se ha juntado á mi alrededor para gritarme con rabioso acento gutural — maldito cristiano, Alá confunda á tu raza, y coloque al dolor en tu camino, — creo haber sentido movimientos de asco y de repulsión, á la vista de un santón, vestido al natural, y adornado sarcásticamente con una corona de cartón con papel dorado, — me parece que jiran á mi alrededor fantásticos grupos de caballeros árabes, y sueño con fechas, con acontecimientos, con personas y con cosas que ni siquiera están atadas á mi vida por ese lazo inquebrantable del recuerdo que la memoria anuda en sus horas de místicas retrogradaciones al pasado.

Y sin embargo, de Marruecos sé tan solo lo que en el libro de Amicis he aprendido, — lo que allí está escrito con inimitable amenidad, mezclando en confusa algarabía sentimientos de raza, de patria y de familia; — cuadros llenos de calor y de luz ardiente, que pasan y se desvanecen, como los ra-

yos poderosos de una luz eléctrica en las tinieblas de la noche. Hay algo de vago y de indeciso, de penumbra, de sombras que pasan, de hombres momificados, de silencio abrumador que invita á sueños interminables y enloquecedores, como los delirios de los bebedores de *hascid* ó las fantasías de los habitantes de la ciudad oxi-hidrogenada de Verne. Y en esta como en las demás producciones de Amicis, hay ciertos colores dominantes, que están distribuidos desde la primera hasta la última página y que hacen de cada una de ellas una especialidad:—repite constantemente de mil modos y empleando formas diversas, lo que mas le ha llamado la atención,—y lo hace de tal modo, con una insinuación tan inquebrantable, que por mucho tiempo, y creo que por años, no es posible que uno olvide lo que ha leído. Así, por ejemplo, después de terminar la última página de *Holanda*, sumando las impresiones recibidas, le quedan al lector dos certezas indudables:—que el pueblo holandés es el pueblo más trabajador y más limpio de Europa,—de tal modo ha descrito Amicis continuamente la interminable lucha con el agua, los diques que se levantan ganando siempre terreno sobre el mar, los molinos cuadrangulares que mueven día y noche sus brazos gigantescos para dar movimiento á la bomba que aspira á grandes sorbos los últimos restos del *Suidersée* vencido,—y aquellas habitaciones holandesas en las que todo es blanco como la espuma, desde las cortinillas niveas de las ventanas hasta las paredes que parecen pintadas el día anterior,—donde los muebles relumbran cual si estuvieran recién lustrados, y no se alcanza á ver el mas insignificante polvo en todo el cuarto.

El libro «Constantinopla» deja en el alma no sé que tristeza indecible: aquel contraste entre la naturaleza exhuberante de Stambul y la pereza, el fanatismo, la desidia, la brutalidad ingénita del bajo pueblo turco, imprimen en el alma un sentimiento de recogimiento, del que no es posible librarse durante varios días. Se compara este pueblo turco, disfrazado á la moda parisien, orgulloso y altanero con los débiles, hipócrita y falso con los poderosos,—musulmánicamente resignado con sus desgracias y arrojado cada día de Europa, hasta que se vea obligado á perderse en las inmensas mesetas del Asia, de donde vino,—se compara este presente con el pasado lleno de glorias, batallas y conquistas, é inspira entonces esta raza esa melancolía que engendra la vista de las majestades caídas; ese mudo sentimiento que el viajero experimenta cuando recorre las desiertas calles de la en otro tiempo poderosa Pompeya.

Los recuerdos de España han inspirado á Edmundo de Amicis algunas de sus mejores páginas. — Esta es la obra mas conocida de las que ha publicado y es raro el español que no oiga con gusto resonar el nombre del simpático escritor que ha descrito con verdad las costumbres, y los caracteres del pueblo español. — La descripción del Escorial, entre otras, merece especial

mención : — parece que está á la vista aquella montaña de piedras grises, simétricamente ordenadas imitando unas parrillas en recuerdo del martirio de San Lorenzo , — se diría que la grave figura de Felipe II envuelta en la aureola penumbrosa de sus glorias infructíferas y de sus hechos misteriosos, se pasea todavía por los monumentales corredores de su colosal palacio soñando con una nueva campaña en Flandes ó con una gran Armada que deba hundir á la poderosa Gran-Bretaña . — La descripción de Andalucía es también bellísima : — hay páginas que detienen al lector por largo tiempo haciéndole soñar con horizontes dorados y cielos estremadamente azules, con estensas palmicies en las que el bosque siempre verde cierra la vista por todas partes — con rasgueos de guitarras y cantos melancólicos de los crudos del país.

Hay otro libro de Amicis que ha alcanzado también gran popularidad ; — son los bocetos de la *Vida Militar* . — Entre nosotros fueron conocidos por la versión castellana que de ellos hizo en *La Democracia* el señor don Julio de Vedia, traducciones bastante fieles para merecer un elogio especial en este caso . — La vida del soldado, sus alegrías casi infantiles, sus horas de honda y profunda tristeza, sus penurias sin cuenta, sus satisfacciones heroicas, todo está bosquejado con la fidelidad que es de esperarse de quién habla por experiencia propia.

Con el nombre de *Pagine Sparse* hay otro volumen de Amicis, en el que ha hecho recopilación de algunos artículos sueltos entre los cuales son dignos de especial mención *Una visita á Manguei*, el tierno autor de *Los novios*, y el titulado *Desaliento* que es un pequeño cuadrito lleno de color y de animación . — El que estas líneas escribe tuvo el singular atrevimiento de traducir al castellano el último artículo nombrado, procurando obtener toda la fidelidad en la traducción, para que en esa forma quedara íntegro el espíritu del autor que con tanta singularidad ha trazado en pocos rasgos una escena llena de interés y de vida.

Se comprende facilmente que quién siente y logra hacer sentir de ese modo es poeta : — Amicis tiene su volumen de poesías, no de ese género atismante y declamatorio que la escuela romántica ha introducido en la literatura moderna, con sus imágenes imposibles y sus vulgares exageraciones , — ni tampoco de esa escuela germánica que va haciendo camino con sus toques de muerte, sus extravagancias y sus lloriqueos de la vida , — sino de esa clase de poesía que va rectamente al corazón, que se impone por su sencillez y conmueve dulcemente por su realidad : — son cantos de la madre que adormece en la cuna á su hijo, son ofrendas que el lujo deposita en el altar de las paternas tradiciones , — es, en una palabra, la glorificación de la familia, de esa primera y última agrupación humana en la que no hay un dolor que no encuentre dos almas para repartirse, ni una alegría que deje de unir dos seres en una sola felicidad .

La última obra de Edmundo de Amicis es la titulada *Los Amigos* en la que hay páginas que hacen pensar como lo siguiente que traducimos:

« El enemigo más terrible de todas estas pobres amistades es el orgullo.»

« Tratemos de herirlo un instante con el cuchillo anatómico y designemos este monstruo de mil formas y colores que llevamos en el alma, enroscado con infinitas espirales y que nos sofoca, nos enceguece y nos atormenta desde la infancia hasta la muerte . »

« ¡Cómo nos convierte á todos en hipócritas é ilójicos! — De la diferencia que existe entre el modo de juzgar á los amigos y el modo de tratarlos, nosotros comprendemos perfectamente que ellos nos estiman en grado ménos de lo que nos demuestran, y sin embargo, apenas nos dejan entrever sus sentimientos verdaderos nos resentimos como de una injuria.— Se nos refleja un juicio hecho sobre nosotros : — es un juicio de nosotros mismos, que, en el corazón, lo hemos hecho mil veces, — nos sentimos ofendidos como si hubiéramos recibido una injusticia intolerable y en el propio instante decimos : — te engañas, — y mientras decimos te engañas, odiamos al amigo en quien reconocemos la razón de su dicho. Se nos hace una observación que hiere nuestro orgullo pero que encontramos justa ; — nuestro rostro deja ver que nuestra conciencia la aprueba y el rostro del que nos hiere muestra que ha adivinado nuestro asentimiento secreto, y sin embargo, el orgullo nos hace finjir que no podemos aceptar tal observación, y persistimos en la ficción no obstante la sonrisa del amigo que dice claramente : —tú finjes, — y así se nos hace una humillación peor que la primera.»

Páginas como ésta, llenas de conocimiento real de la vida, de las pequeñas miserias de la amistad que no llegan nunca, felizmente, á ser tan grandes que puedan engendrar el escepticismo en el corazón, — aparecen por todas partes y se léen con verdadero encanto.

Una observación, empero, creo que puede hacerse á la última obra de Amicis : — tal vez se ha abusado en ella del tema, alargando demasiado el desarrollo y escribiendo dos volúmenes de lo que hubiera quedado muy bien en uno solo.—Esto, sin embargo, no quita el mérito de la producción en la que Amicis se muestra tan conocedor del mundo moral, como se revela del mundo físico en las inimitables páginas de sus libros de viaje.

Hasta aquí hemos seguido al literato en sus producciones. — Correspondería, ahora, hacer un juicio crítico acerca del mérito real de sus obras.— Para esto se requeriría un discernimiento y un estudio prolijo que demandaría mayor tiempo que el consagrado á escribir este boceto, delineado en algunas horas robadas á la labor diaria y al descanso de la noche.

Por otra parte, solo la posteridad es justa, como alguien ha dicho, y la posteridad está aún muy lejos de Edmundo de Amicis que está aún en la edad mas florida de la vida.

En los momentos mismos de terminar este trabajo, Edmundo de Amicis cruza las interminables soledades del Océano en dirección al Plata. — Dentro de breves días estará entre nosotros; las sociedades literarias y los hombres de letras de ambas márgenes del ancho estuario se preparan á hacerle una recepción digna de sus merecimientos y de su fama.

Este viaje será fructífero para las letras, pues dará ocasión á una nueva obra de Edmundo de Amicis que tal vez se titulará *El Rio de la Plata*.

La imaginación presume los puntos culminantes que han de llamar la atención del jóven escritor: — los grandes rios de nuestros países, la llanura monótona de la Pampa, el contraste palpitante entre Buenos Aires moviéndose, casi al nivel de la tierra, en una eterna y afanosa prosperidad material, con esta Montevideo edificada sobre pequeñas colinas que dominan el mar y guardado por un cerro que semeja un centinela constante, el espectáculo de dos pueblos que crecen y multiplican cada día sus mil brazos de trabajo para asegurar un porvenir lleno de espléndidas promesas y la brillante posición que ocupan en ambas márgenes del Plata los connacionales de Amicis, numerosos trabajadores que comparten con los naturales del país la inproba tarea de cimentar el terreno donde han de levantarse dentro de poco tiempo poderosas naciones americanas. — De cualquier modo, si el afecto desinteresado de un lector de Amicis da derechos para tributarle los elogios que se merece, quiero demostrar con estas páginas la simpatía que me inspira el tierno literato italiano.

Montevideo, Marzo 24 de 1884.

AZAHARES

Por Don José R. Muiños

En el frondoso bosque, al caer la tarde
Paseábamos los dos. Tú reclinada
En mi brazo, con lánguido abandono
Fijabas en mi rostro tu mirada.

Ya no recuerdo el tema discutido,
Pues pasan en mi mente los recuerdos
Como el ave lijera *que no deja*
Ni rastro de sus álas en el viento.

Sé que te detuviste bajo un árbol,
Lo recuerdo muy bien: un limonero,
Desprendiste tu brazo de mi brazo
Y dijiste, hablándome muy quedo.

—No quisiera volverme, sin llevarme
Un ramo de estas flores, mas, no alcanzo
A tocar en las ramas; y al decirlo
Estirabas, buscándolas, tu brazo.

Yo sonreía de tu afán y pena
Y del rubor que coloreó tu rostro,
Esperando que al fin, ya mas resuelta,
Me pidieran la flor tus labios rojos.

Mas, guardabas silencio. Comprendí tu temor,
Y te dije al oído:—«¿Quieres flores?»
Y tú me respondiste:—«Las ansío».
Son el símbolo fiel de mis amores».

Escalé el limonero que exhalaba
Perfume embriagador. Busqué afanoso,
Y al fin, entre las hojas escondido
Hallé un gajo de azahares primoroso.

Tú, que del pié del árbol me seguías
Al ver mi mano que á la flor llegaba,
Lo recuerdas? dijiste: «ese, ese»,
Al par que con la mano lo indicabas.

Corté el ramo de azahares y en mi lábio
Lo tomé con amor, mientras bajaba
Por las ramas del árbol. Tú solícita
Recibiste la flor que te brindaba.

Volvimos á pasear bajo los árboles
Y al regresar por el sendero estrecho,
Besaste el ramillete de azahares
Que despues colocaste sobre el pecho.

Mas de pronto tomaste aquellas flores,
Las dividiste al medio, hiciste un ramo,
Lo acercaste á tú lábio y me lo diste
Diciéndome á la vez: —« porque te amó!»

.
.
.

Me pides que recuerde aquella escena?
No me es posible ya; no la recuerdo!
Es un ave de amor, y no ha dejado
Ni rastro en mi cansado pensamiento!

UN TEMA DE METAFÍSICA ANALÍTICA

LA INTUICIÓN PURA Ó PERCEPCIÓN ABSOLUTA YO CONSTITUYE EL PUNTO
DE PARTIDA DE LA CIENCIA

Por el doctor don Pedro Mascaró y Sosa

Tiempos consoladores son estos que por fortuna alcanzamos, en que las mas sencillas verdades se depuran en el crisol de la crítica del error que las empaña, y una vez discutidas é ilustradas ingresan en el vasto sistema de la ciencia, enriqueciendo el ya abundoso é inapreciable caudal de los conocimientos con que se enorgullece y regocija la humanidad. No transcurre un día sin que el sabio en su gabinete prorumpa gozoso en entusiastas eureka ó entone himnos de alabanza al Autor de lo creado, celebrando los descubrimientos incesantes que se realizan en todas las ramas del saber humano; y ¡cosa sorprendente! el histiólogo que hora tras hora examina al través del microscopio el protoplasma y sus derivados; el geólogo que penetra osado en las entrañas de la tierra, registrando los valiosos monumentos que aquella guarda; el arqueólogo que se extasía contemplando las primeras conquistas de la civilización; el matemático que con infatigable perseverancia busca largo espacio la solución de un problema ó la demostración de un principio; el físico que transcurre meses en pós de una ley; el astrónomo que pasa años interrogando á los astros; el filólogo que con extenuada paciencia estudia las transformaciones que una estirpe ha sufrido al naturalizarse en un sin número de lenguas en incalculables períodos de tiempo; en una palabra, el maestro que consagra su existencia toda al estudio de su especialidad para que brille, no con luz matinal sino con el esplendor del medio día, la mas simple de las verdades que le interesan; cosa sorprendente, repito, el que pocos, muy pocos de aquellos infatigables obreros quizá se hayan preocupado en indagar nuestro primer conocimiento, que bien podemos apellidar la piedra angular del edificio científico.

Y no hay que repetir que la escasa importancia del problema no merezca nuestra atención, por que si á todos interesa saber la verdad de los mas sen-

cillos conocimientos vale la pena que nos preocupemos en averiguar nuestra primera verdad, que por ser tal, importa inquirir ó de lo contrario resignémonos á sufrir las ingeniosas objeciones del tenaz y sistemático escepticismo que tiene su razón de ser y es necesario también y de muy subido valor en la historia de la filosofía, dados los desengaños que ha experimentado y experimenta aún el hombre en la adquisición de sus conocimientos, desengaños nacidos de nuestra propia limitación.

No podían menos de surgir tan extrañas teorías, si recordamos que la verdad no es otra cosa que una relación de conformidad entre el sujeto que conoce y el objeto conocido. Más, cómo y cuando sabrémos que tal ecuación se cumple? He aquí la dificultad capital que no la resuelve, ni la autoridad de los sentidos, ni menos el testimonio de la razón, porque tales instrumentos dejan en pié el problema que nos hemos propuesto abordar, es decir, no nos advierten de cuando se verifica la relación á que hemos aludido. ¿Podrá iluminarnos la teoría de la revelación, sustentada en nuestros tiempos, por gran número de filósofos que diz que estudian sin apasionamiento las mas oscuras é intrincadas cuestiones? Nó, por que como apunta Tiberghien (1) no disipa la duda en que nos encontramos.

Por otra parte los conocimientos que nos suministran los sentidos y la razón son mediatos; de suerte, pues, que, las verdades que poseemos, y las que en lo futuro nos ilustren, en tanto no cambien nuestras actuales condiciones, no las verémos de un modo inmediato, sino que serán mediatas de nosotros al objeto que contemplamos. Si pues las nociones, juicios, ratiocinios é ideas con que nos educamos son tales, estamos autorizados, en nombre de la ciencia, para dudar de las verdades mas evidentes, y en consecuencia para emprender la indagación que motiva el presente artículo, mal que le pese al sentido común, y á ello nos precisan las condiciones en que percibimos el objeto, junto con los alucinamientos y ensueños de que con frecuencia somos víctimas, en los que creemos conocer la realidad, no viendo otra cosa que puros fantasmas ó deformes engendros forjados por nuestra imaginación ó meras ilusiones como cuando accidentes patológicos perturban la regularidad de las funciones de nuestros órganos ó aparatos. Convencidos pues de que la duda está justificada, consagremos hoy nuestras humildes fuerzas á la indagación del conocimiento que pueda servir de apoyo ó de punto de partida á todas las demás verdades y con él llevar la persuasión al ánimo de nuestros tenaces adversarios, que en ello están interesados positivistas y espiritualistas sinceros que hermanando el estudio de las ciencias físico-naturales y matemáticas con el de nuestra esencia y desterrando ideas preconce-

(1) Véase introducción á la Filosofía y preparación á la Metafísica, traducción al español de don Vicente Piño y Vilanova, Madrid 1875, página 59.

bidas, contribuyen al par de aquellos al desenvolvimiento científico, artístico y literario.

Con lo que expuesto dejamos, creemos haber probado que nuestros conocimientos trascendentes no nos inspiran fe, y lo mismo sucede con los apellidados inmanentes, pues apesar de que son inmediatos de mí al objeto no basta semejante requisito para que merezcan el valor de verdaderos. ¿No puede suceder muy bien que aquellos sean ilusiones nuestras, lo que no es aventurado, si tenemos en cuenta que muchas veces creemos conocernos y sufrimos penosos desengaños, de cuyo fenómeno abundan las pruebas cuando recordamos que pensamos que somos virtuosos ó que cumplimos con nuestros deberes, y estamos distantes de lo que en realidad sucede. ¿No podrá ser ilusión mía el estudio que hago de mí, cuando reconcentrándome en los pliegues de mi conciencia, me contemplo ó me siento como objeto? ¿Qué razón puedo aducir como prueba del conocimiento que creo haber adquirido? No nos queda otro remedio, pues, que buscar una verdad que sea á la vez que inmediata, cierta, absoluta y universal.

¿Conocemos nosotros alguna verdad que contenga las condiciones de certeza, certeza inmediata, certeza absoluta y certeza universal? Si interrogamos al sentido común, nos responderá que tenemos el conocimiento de nuestro Yo; que conocemos otros seres, nuestros semejantes, y en íntimo consorcio con ellos contemplamos la naturaleza en sus múltiples manifestaciones; mas, á poco que reflexionemos, nos será dado conocer que la percepción de nuestro Yo, solo reúne los caracteres que hemos exigido en la primera verdad que afanosos tratamos de descubrir, y digo y sostengo que el conocimiento que de nuestros semejantes tenemos, es mediato puesto que por inducción llegamos á él, y no de otro modo.

Analicemos el conocimiento Yo: En la intuición pura, simple, sustantiva y absoluta Yo, que precede como mas adelante mostraremos á toda otra verdad, no media la distinción de sujeto y objeto, que observamos en los demás conocimientos; vemos, pues, que es inmediata, que es igualmente cierta, puesto que las dificultades con que ántes luchábamos han desaparecido; no tenemos necesidad para cerciorarnos de su certeza, cuando y como se realiza la relación de conformidad, de que nos hemos ocupado en los comienzos de nuestra indagación. Si concebimos seres racionales no podemos ménos de suponer que anunciarán su aparición en el mundo con la conciencia de su racionalidad. Tal vez se me objetará que tal conocimiento no es adquirido sinó habido inconscientemente; sea en hora buena; pero al fin es un conocimiento que nadie podrá negar, so pena de incurrir en la negación absoluta; se podrá observar que no es una noción abstracta ni una percepción sensible ó sentido íntimo de nuestra personalidad, lo que es muy cierto. Es una percepción pura ó para hablar con mas propiedad, una intuición de mí, en la que no descubro

las propiedades esenciales que el conocimiento determinado del *Yo* ofrece á mi entendimiento, ni las secundarias ó sean las de mis facultades ó las que dicen relación al conocimiento de mi adentro á mi afuera; de mi interior y de mi exterior, porque en el instante á que me he referido solo me conozco *Yo*.

La distracción en que de continuo vivimos, solo puede oscurecer aquella clarísima verdad, habida por nosotros, mas no adquirida, y que yo me permitiría si mi autoridad lo consintiese en titular primera intelección.

Por otra parte, el conocimiento *Yo* es universal, puesto que hasta los mismos escépticos lo admiten, desde que ellos saben que son los que no saben nada ó hablando con mas propiedad niegan el mundo objetivo. Finalmente la intuición sobre que discurremos es además absoluta porque «aunque resolviéramos como acertadamente dice Sanz del Rio (1) en pura duda ó negación toda verdad, y aún dudáramos de nuestro pensar y dudar mismos, nos acompaña sin embargo la irrefragable verdad *Yo*, el que piensa, el que duda, el que no sabe aún si duda ó piensa» con lo que queda evidenciado que el conocimiento *Yo* es absolutamente cierto para mí.

Tan indispensable es el conocimiento de la verdad que felizmente hemos hallado, que sin ella permaneceríamos estacionarios en nuestro desenvolvimiento moral, porque siendo todo conocimiento verdadero, como antes hemos visto una relación de conformidad entre el sujeto que reconoce y el objeto conocido ¿cómo podríamos atribuirnos conocimiento alguno sin antes haberlos de nosotros mismos?

Supongamos el niño que sonrío por vez primera á los encantos de la naturaleza, si él ya no se supiese de sí, no podría distinguirse de los objetos que contempla; se consideraría irremisiblemente como formando parte integrante de los mismos, además que otramente nunca alcanzaría á comprender que las verdades por él vistas le pertenecían, con lo que debemos convenir no seríamos capaces de establecer relaciones entre el sujeto y el objeto, y sin ellas no podríamos adquirir conocimientos, y no adquiriendo conocimientos dicho se está que permanecerían eternamente cerradas á la inteligencia humana las puertas del saber.

Resumiendo las consideraciones que preceden repito que desde el instante que hacemos nuestra aparición en la tierra poseemos el conocimiento *Yo*, quizá inconciente y que con el auxilio de la reflexión lo podemos evocar en tiempos posteriores. Si fuese posible interrogar al niño cuando adquiere la primera noción, á quién pertenece, podeis estar seguros que os contestaría que era propiedad suya; y si luego le preguntáseis si lo objetivo era él, os respondería ciertamente que nó: ha menester saberse para conocer.

(1) *Metafísica analítica* por Sanz del Rio, página 37, línea 15 y siguientes.

Mas no todos los filósofos están de acuerdo con la verdad que aportó Krausse á la Filosofía. Maine de Biran en sus *trabajos filosóficos* sostiene que el hecho primitivo del sentido íntimo no es otro que el de un esfuerzo querido, inseparable de una resistencia orgánica ó de una sensación muscular de la que el *Yo* es la causa. Solo me permitiré objetar á tan extraña hipótesis que si el primer acto que el niño ejecuta es un esfuerzo querido ó una sensación muscular de la que el *Yo* es la causa para saber que es él el que ejecuta uno ú otra, necesita ya saberse, de lo contrario realizará aquellas acciones sin conciencia y por consiguiente no habrá adquirido conocimiento alguno.

Víctor Cousin (1) afirma que el *Yo* y el *No Yo* nos son dados simultánea y distintamente en una oposición, en una imitación recíproca, pero á poco que meditemos notaremos que se tocan las mismas dificultades puesto que, como opina Tiberghien, y opina bien, (2) para conocer la limitación recíproca de que habla, necesitamos sabernos; porque de otra suerte no llegaríamos al conocimiento de la limitación y dado caso de que á el llegáramos ¿cómo sabríamos que aquel conocimiento era nuestro.

Quedamos pues en posesión de la primera verdad por nosotros habida, verdad que cómo hemos visto no ha menester para que llegue á nuestra inteligencia de las distinciones de sujeto y objeto, de propio y relativo, de interior y exterior, con lo que queda dicho que ni en forma de noción, ni de juicio, ni tampoco de raciocinio llegamos á descubrirla, por eso es que incurrieron en error todos los que desde Descartes hasta Renouvier (3) buscaron el punto de partida de la ciencia no en una intuición intelectual que Kant juzgaba inasequible á la inteligencia humana sinó en verdades que se encontraban en la misma condición bajo el punto de vista de la certeza de las verdades adquiridas. Así pues ni Renato Descartes con su *cogito ergo sun*; ni la *Revelación* que admitía Locke y que Leibnitz titulaba con razón *hipótesis ociosa*; ni la ingeniosa teoría de éste sobre la *armonía preestablecida*; ni la ecuación *Yo soy Yo* de Fichte pudieron ser admitidas como punto de partida de la ciencia. Cederé á mis lectores el trabajo de apuntar los errores de todas aquellas teorías, concretándome tan solo en mostrar lo descaminado que anduvo el último filósofo al pretender que el juicio de identidad constituía nuestro primer conocimiento, y para ello me bastará recordar lo que ya varias veces he repetido, en el curso de este escrito, de que todas las verdades por nosotros adquiridas presuponen la intuición *Yo* y en consecuencia en el juicio $Yo = Yo$ ó *Yo soy Yo* hay un sujeto y un objeto, y desde el momento que afirmo el sujeto ya me es conocido y no necesito para ello, objeto al-

(1) *Fragm. philos. du premier et du dernier fait de conscience.*

(2) *La Science de l'Áme dans les limites de l'observation* par G. Tiberghien. Bruxelles et Liege 1808 pag. 132 y sig.

(3) *Essais de Critique générale.* Paris 1854.

guno; queda pues de manifiesto el error de Fichte al buscar como primera verdad una verdad que supone ya otra; con lo que queda dicho que el juicio de identidad es engendrado por la intuición *Yo*.

De hoy en adelante, ya no nos será lícito dudar de la verdad, puesto que mi misma duda será un pensamiento y un conocimiento mío, como el sabio obispo de Ipona ya lo sostenía. Ya no tendremos que recurrir, como Malebranche á la actividad de Dios para explicarnos la verdad, ni llamar en nuestro auxilio á la naturaleza como Condillac, ni invocar la acción de la sociedad como creía De Bonald. Estamos en posesión de un valioso hallazgo que nos servirá de *punto de partida*, con cuyo auxilio, prosiguiendo nuestra indagación en esta REVISTA, mostraremos los conocimientos *Yo soy, Yo soy uno, Yo soy el mismo, Yo soy todo Yo* ó sea el conocimiento de nuestro ser y esencia, de nuestra unidad, de nuestra identidad y de nuestra omneidad, que inmediatamente siguen al conocimiento *Yo*; de esta suerte nos prepararemos para abordar el problema del valor de nuestros conocimientos objetivos.

Hemos rematado la tarea que por hoy nos impusimos, y estoy persuadido de que dista mucho de ser lo que debiera y hubiese deseado la exposición que precede; pero, las exigencias de amigos para mí queridos, me han precisado á publicarlo con todos los errores inherentes á la precipitación con que ha sido redactado; por cuya razón abrigo la seguridad de que no he conseguido desarrollar como anhelaba la teoría de Krausse que antecede y que me había propuesto vulgarizar como se merecía; si acaso no lo he conseguido cúlpese á aquellas causas y mas que todo á mi insuficiencia y no á la del inmortal autor del sistema de Filosofía.

Marzo 26 de 1884.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Debido á la idea de M. Trouvé se construyen en Paris joyas que desprenden haces de luz eléctrica, tales como alfileres para adornar el cabello, diademas, prendedores y todos esos dijes con que cree la mujer realzar su belleza física, sin recordar que cuando esta falta puede sobradamente un buen carácter hacer resplandecer de hermosura á un rostro feo.

La parte principal de una de estas joyas es una pequeña linterna rodeada de lentes, siendo estos cristales tallados, imitando brillantes; en su interior, de donde se ha extraído el aire, va un filamento de carbón comunicando con este los hilos conductores de la corriente de una pila que puede llevarse con toda comodidad en el bolsillo.

La luz se produce porque el filamento de carbón al ser interpuesto en el circuito de una corriente poderosa, esta, en virtud de sus efectos caloríficos y de su fuerza electro-motriz le hace elevar la temperatura hasta la incandescencia; para evitar que se consuma por la afinidad que tiene el oxígeno sobre él, se extrae el aire que le rodea.—Esto es lo que constituye el sistema de «lámparas incandescentes» que todos aquí hemos visto abordo del *Apolo*, *Mínerva* y *Cósmos*.

En el baile de la *Farándola* dado en el nuevo Teatro de la Ópera de Paris, se presentaron ochenta bailarinas, llevando cada una un cinturón plateado y una diadema ostentando en su centro una estrella que irradiaba luz eléctrica.

Las pilas que provéen de electricidad á esas estrellas, que no son mas que diminutas lámparas incandescentes, las constituyen dos elementos Skriwanow de cinco centímetros de alto por seis de largo y quince milímetros de espesor.

El par de esta pila lo forma : una lámina de zinc, el polo negativo, y el positivo, cloruro de plata encerrado en una bolsita de papel pergaminado, todo esto sumergido en un líquido alcalino. El vaso que contiene la pila es de gutaperca cerrado herméticamente.

Los dos elementos vienen á formar los dos broches del cinturón plateado, y en este hay un resorte de construcción y manejo muy simple que permite á la bailarina establecer ó interrumpir á voluntad la corriente, de modo que haga á la estrella irradiar ó escintilar.

Los hilos conductores parten del mencionado cinturón hasta la diadema y quedan ocultos entre el cabello de la artista.

Estos adornos los están usando las señoras en París para asistir á las grandes funciones de teatros y á los grandes bailes del mundo aristocrático.

Cuando lleguen aquí, creo, no pasarán del escenario de nuestros coliseums.

Desde luego no le basta á la industria y á la moda haber profanado las perlas falsificándolas, arrojándolas de sus celestes tronos; cuando, como dice Michelet : « en presencia de ellas el alma ignorante y encantadora de la mujer sueña sin saber por qué », — para entregarle el brillante lascivo en cuyas facetas la luz descompuesta arroja chispas como en los cristales del ojo cuando la fiebre de los deseos llega á su período álgido; sinó que hasta la luz eléctrica con sus pilas, hilos y lámparas incandescentes forman el bagaje de los adornos de una mujer para hacer resplandecer su belleza!

Nosotros recomendamos á los aficionados á contemplar muy de cerca á las mujeres que los atraen con los fulgores de las piedras preciosas, como la luz á esos lepidópteros de alas color de fango, que, cuando las encuentren adornadas con sus joyas eléctricas no se les aproximen mucho, no vayan á tocarlas en un momento de entusiasmo, por que, si las pilas son muy enérgicas y los conductores se hayan por un descuido poco aislados y tienen la desgracia de poner en ellos una mano, sin ser sabios, les pasará lo que á Musschenbroek cuando descubrió el aparato que había de llamarse botella de Leiden, y como él « jurarán no repetir el experimento aún que les den en premio la corona de Francia » .

Se hacen hoy día en Francia hilos de acero para cuerdas de pianos mejores que las que se fabrican en Inglaterra, Alemania y Austria. Estos hilos metálicos tienen un milímetro de diámetro y son tan resistentes que pueden soportar la tracción de 296 kilogramos por milímetro cuadrado. Á mas de su tenacidad son tan ténues y flexibles, que después de nikelarlos se hacen con ellos telas y encajes sumamente delicados.

Por experiencias recientes se ha demostrado que el azufre, que á la temperatura ordinaria es malconductor de la electricidad, se hace buen conductor cuando se le calienta. Su conductibilidad crece según se va elevando la temperatura; pero, cuando el azufre se halla en estado viscoso, es decir á 170° ó 180, esa propiedad disminuye para después aumentar cuando llega á ponerse de nuevo flúido, esto es á más de 200° .

Fenómeno análogo se ha observado en el fósforo.

Un alumno de la Escuela de Telegrafía de Ann-Arbor (Estados-Unidos) se encuentra privado de los dos brazos, y es apesar de esto, un excelente telegrafista. Los despachos que recibe los cõpia valiéndose de un lápiz que sujeta con los dientes; los que expide, los hace apoyando una varilla en el mango del manipulador dirijiéndola con la boca : envía de este modo diez y siete palabras por minuto.

Recordarémos que un telegrafista práctico trasmite en un minuto de treinta y cinco á cuarenta palabras presentando suma claridad un despacho expedido en el tiempo que hemos indicado; porque si aumenta el número de palabras será este poco legible por las muchas equivocaciones que necesariamente tienen que cometerse.

M. Heddebautt ha descubierto un procedimiento para sacar la lana de los tejidos en que esta va mezclada con el algodón y otros productos. Somete los pedazos de trapos á una corriente de vapor de cinco atmósferas de presión, la lana entonces descende á unos recipientes y queda separada del algodón, hilo y demás fibras vegetales, materiales estos que quedan para ser utilizados en la fabricación del papel. El producto de los recipientes convenientemente precipitado, evaporado y seco, se trasforma en una sustancia que se le ha llamado *azoina*, sumamente soluble en el agua.

Los trapos tratados por este procedimiento aumentan de valor, pues se utilizan todos los productos que entran en sus tejidos; mientras que en la fabricación del papel se hacía costosa la separación de la lana ó no se empleaban telas que la contuvieran, lo que este método permite usar, dando á mas ganancias, porque la *azoina* queda preparada como accesorio pudiéndosele vender al mismo precio que el de la sangre de desecho para utilizarla como abono, á 2 fr. 50 el kilogramo.

Este descubrimiento, como se vé, no interesa solo á la industria sinó que la agricultura cuenta desde luego con un producto más para fertilizar las tierras.

Un mecánico suizo, M. Schlæfli, ha inventado un reloj que funciona por la acción de unas pesas periódicamente elevadas por una corriente eléctrica que actúa á intervalos regulares desde una estación central. Este reloj no tiene péndulo ni balancín; las agujas se mueven con una precisión matemática solo por medio de la corriente eléctrica.

Sin embargo, no está demás que comuniquemos á nuestros lectores que los relojes que hasta hoy se han construido teniendo como motor á la electricidad, son inferiores en exactitud á los regularmente malos de cuerda de acero.

M. Lesseps, ese Hércules del siglo XIX que ha separado dos grandes continentes rompiendo el istmo de Suez, y que se propone hacer otro tanto con el de Panamá, tiene imitadores aunque no en obras tan colosales. — Tres ingenieros franceses proyectan cortar el istmo de Kra por medio de un canal que tendrá 106 á 109 kilómetros, siendo su costo de 65 á 100 millones de francos.

Como se sabe, este istmo une la península de Malaca al Asia, de modo que los buques que hacen el comercio entre la Francia y la Cochinchina, lo mismo que los que van á la China, Japon, Islas Formosas, Filipinas, etc. tienen que dar una gran vuelta, ocasionándoles crecidos gastos y no pequeños perjuicios la duración de los viajes en aguas tan peligrosas como las que en esa derrota tienen que surcar.

En Paris, M. C. Thouvenot, construye electro-imanés siguiendo un método curioso.—Toma una barra de hierro dulce y le arrolla un tubo de cobre de pequeño diámetro, haciendo pasar por él una corriente de vapor de agua á la presión de dos atmósferas; la barra queda fuertemente imanada y haciendo cesar dicha corriente desaparece la imanación.

Estos que nosotros llamaremos hidroelectro-imanés, no han de tardar en tener una aplicación importante en las máquinas de vapor; utilizándolos para mover algunas piezas accesorias, así como el procedimiento de M. Thouvenot será usado en la industria para la fabricación de imanés artificiales.

El punto mas elevado sobre el nivel del mar donde hasta ahora se haya establecido el alumbrado eléctrico es la *Silver Cords Mines* de Ledville, en el Colorado (E. U.) á 11,000 pies. Nueve lámparas de arco iluminan los trabajos de los mineros y varias de las llamadas incandescentes los almacenes y las oficinas.

Los proyectiles cónicos de los grandes cañones, cuando chocan en una dirección oblicua en las placas del blindage de un buque, queda inutilizada su fuerza de percusión, no haciendo estos mas que rozar la coraza; para evitar este inconveniente los ingenieros de la fábrica alemana Krupp, les han dado una forma cilíndrica teniendo en el plano de la base destinada á chocar un depósito de aceite con objeto de facilitar la penetración.

Según recordamos, esta reforma de los ingenieros alemanes no tiene nada de nuevo: hace tiempo que la marina de guerra inglesa ha hecho

ensayos de balas cilíndricas, disparándolas á cortas distancias y en dirección perpendicular sobre los blancos acorazados; pudiéndose evidenciar que los tiros producen buen efecto cuando son hechos muy cerca del blanco, porque desde una larga distancia la desviación del proyectil es notable y su forma hace que pierda fuerza con el rozamiento del aire; mientras que si se llena la condición indicada, sus efectos son terribles: siendo mayor su superficie de percusión, hacen pedazos cuando no hacen saltar las chapas de los acorazados.

Una modificación importante se ha introducido en los compases de bitácoras (en lenguaje popular brújulas marinas). La aguja imanada, la forma un haz de laminas muy finas de acero fundido, colocado dentro de un estuche de bronce que va herméticamente cerrado; apoyándose este en un estilo de latón, cuya punta queda introducida en un pequeño cono cóncavo de rubí ó ágata, que dicho estuche lleva engastado en su centro de gravedad; esto va contenido en la caja de cobre que ordinariamente tienen las brújulas, pero con la particularidad de que en esta se le echa agua hasta que el estuche que lleva la aguja rase la superficie del líquido.

Debido á la resistencia del agua que contiene la caja, las oscilaciones de la aguja producidas por choques ó vibraciones más ó menos violentos quedan amortiguadas.

Según los experimentos hechos abordo del *Duilio* y de otros buques, se ha constatado que las indicaciones de la brújula así dispuesta no son afectadas por los disparos de un cañón de 100 toneladas ni por la trepidación que producen los hélices.

Para que este compás quede siempre horizontal y al abrigo de los balances y cabezadas de la nave, se coloca la caja ó mortero de que hemos hablado como es de costumbre abordo, en un sistema de *doble suspensión de Cardano*, que, explicarlo sería ofender á nuestros lectores, pues todos estamos hartos de haberlo visto en los buques manteniendo en posición vertical á las lámparas y otros objetos.

Ha quedado terminado en Ivri la nueva Usina Hidráulica destinada á proveer á los habitantes de Paris de 1,000 litros de agua por segundo y de 86,400 metros cúbicos por hora. Esta agua se saca de la corriente central del Sena, y es impelida por poderosas bombas hasta los depósitos de Villejuif, para desde este punto ser llevada por las cañerías á la populosa ciudad mencionada.

Las máquinas de esta Usina son seis; los volantes dan veinte y cinco vueltas; los cilindros motores tienen de diámetro interior 0^m 827 y de largo dos metros; y la velocidad de los pistones es de 1^m 20 por segundo.

El costo total de esta gran obra es de 2.200,000 francos.

Una série de interesantes experimentos ha hecho en Inglaterra M. Atkies, para obtener por medio de la electricidad la separación de los metales aleados.

La liga de oro, plata y cobre que se quiera separar, se introduce en un vaso poroso que contenga ácido sulfúrico, y á su vez este vaso en una cubeta llena de una disolución de sulfato de cobre.—El polo positivo de una máquina dinámo-eléctrica se pone en contacto con la aleación de los metales que el vaso poroso contiene, y el negativo con el sulfato de cobre.

Según esto, la corriente eléctrica oxida al cobre y á la plata de la aleación que pasarán á formar sulfatos; mientras que el oro no siendo atacado caerá al fondo del vaso y la precipitación de la plata se opera por la acción del cobre mismo, quedando por último, solo el sulfato de este metal.

Con mucho empeño, continúan los trabajos sobre la etiología de la tuberculosis, con motivo del bacillus de Koch. Colin persiste en negar la naturaleza específica de la enfermedad en cuestión y aduce en su pró experimentos realizados por él. Germain Sée, Villemin y otros, contestan con hechos que prueban lo contrario.

Muy pocos van quedando ya, entre los opositores de Koch; y si las observaciones siguen respondiendo, como hasta aquí, á la idea de la bacteria, es de creerse que reciba universal aceptación la teoría que atribuye males tan grandes al desarrollo de un organismo tan pequeño.

El distinguido cirujano Verneuil ha presentado una observación, demostrando que la tuberculosis puede ser el resultado de una inoculación accidental. Se funda en la siguiente historia clínica:

En 1877, B... estudiante de medicina, se hiere, haciendo una autopsia, en la cara dorsal del índice, cerca de la uña. Algunos días despues, aparece una pequeña pápula que bien pronto toma un color amarillo y deja correr una gota de pus. Esta supuración persiste los días siguientes; despues una nueva pápula se desarrolla á medio milimetro de la primera y sigue idéntica evolución; una tercera se presenta, despues una cuarta, estendiéndose el mal poco á poco hasta la mitad de la segunda falange y presentando una super-

ficie roja, mamelonada, extraordinariamente dolorosa en ciertos momentos. Este estado resiste á todos los medios de tratamiento.

En 1880, B... sufriendo cada vez más, pidió á Verneuil que le amputara el dedo. Al mismo tiempo que el hábil cirujano amputaba las dos falanges del dedo, abría sobre la cara dorsal de la mano un absceso tuberculoso muy bien caracterizado.

Necesitó varias semanas para cicatrizar la herida de la amputación así como el absceso del dorso de la mano. Sin embargo, el estado general del enfermo se había mejorado bastante, cuando M. B... habiendo presentado su tesis de doctor, fué á establecerse en provincias, donde adquirió bien pronto una clientela considerable. Allí, las fatigas del ejercicio de la profesión que le obligaban, á veces, á andar hasta catorce horas por día en carruage, le ocasionaron dolores en la región lumbar, seguidos de abscesos que se abrieron y dieron salida á un pus caseoso, parecido al pus del dorso de la mano; terminaron por cicatrizar.

A principios de 1883, M. B... tocó violentamente la cicatriz de la amputación; volvió á abrirse, empezó á supurar y dió pasaje á un secuestro blanco, condensado, eburneo, en todo semejante á los secuestros de los huesos atacados de tuberculosis; la ulceración tomó el carácter de las ulceraciones tuberculosas, sin que fuese posible descubrir nada en las vísceras.

El enfermo continuando, apesar de todo, el ejercicio de su profesión y sus largos viajes en carruage, sintió de nuevo violentos dolores lumbares seguidos de abscesos osifluentes de los miembros inferiores. Fué preciso para calmar los sufrimientos horribles del paciente, practicarle inyecciones de morfina á altas dosis. Ahora, el enfermo empieza á mejorarse.

Verneuil piensa que los accidentes presentados por M. B... deben atribuirse á la inoculación tuberculosa, aunque B... no recuerda de que enfermedad falleció el niño, en el que hizo la autopsia.

Vignal ha constatado que los esputos arrojados por los tísicos, no pierden su importancia patogénica apesar de ser pisados, secados ó diluidos en gran cantidad de agua. Los bacillus contenidos en esos esputos, inoculados á varios animales, han producido la tuberculosis.

Es necesario, por consecuencia, destruir las materias espectoradas por tales enfermos, materias cuya inocencia desaparece despues de lo mencionado por Vignal.

El Dr. Rabuteau, por esperimentos recientes, parece haber probado que existe un antagonismo evidente entre la pilocarpina y la ergotina. Inyectado

simultáneamente á un conejo 10 centigramos de ergotina y 1 centígramo de pilocarpina, el ptialismo es de poca significación. Si se desea suspenderlo por completo, basta hacer una nueva inyección de ergotina; pues la acción de la pilocarpina es mucho mas prolongada que la de la ergotina.

El eminente oculista Dr. Galezowski, despues de repetidas observaciones, ha encontrado que la pilocarpina es un excelente miótico, preferible muchas veces á la eserina. Sin embargo, en algunos casos, aconseja colirios alternados de pilocarpina y eserina para calmar los dolores en los enfermos afectados de glaucoma.

Delamay ha hecho estudios acerca de la rotación de un animal sobre sí mismo. Se sabe que los animales dan vueltas repetidas en ciertos momentos estando en libertad, y casi siempre cuando se les encierra en un recinto de diámetro poco mayor que la longitud de su cuerpo.—Delaunay ha probado que ciertos animales giran á la derecha, otros á la izquierda y otros indistintamente.

En cuanto al hombre, el sentido de la rotación es variable. Los europeos giran generalmente á la derecha, aunque se encuentran muchos que lo hacen á la izquierda, en Portugal, España, Grecia, Inglaterra, Italia y Alemania.

Por esa tendencia á efectuar la rotación en un sentido determinado, se explica que los bailes europeos sean casi todos á la derecha, encontrando dificultades cuando quieren realizarse para la izquierda. El *sezar'dasez* baile nacional de Hungría, que se bailaba á la izquierda en tiempo de Carlomagno, se baila hoy á la derecha.

Una señora que tenía en asistencia el Doctor Gordon, presentaba el curioso fenómeno de una hemorragia suplementaria del pulgar en cada época menstrual. Cuando la fecundación se producía y durante la lactancia, la hemorragia digital cesaba lo mismo que la uterina.

Boymond ha formulado últimamente la tabla que sigue, sobre el peso de las gotas:

1	gramo de	agua destilada	equivale á	20	gotas
1	»	» alcohol á 90°	»	»	61 »
1	»	» » á 60°	»	»	52 »
1	»	» un alcoholato	»	»	57 »
1	»	» » alcoholaturo.	»	»	53 »
1	»	» una tintura alcohólica con alcohol á 60°	»	»	53 »
1	»	» una id. id. con alcohol á 80°	»	»	57 »
1	»	» una id. id. con alcohol á 90°	»	»	61 »
1	»	» una tintura etérea.	»	»	82 »
1	»	» un aceite graso (variable) cerca de	»	»	48 »
1	»	» un id. volátil (variable) cerca de	»	»	50 »
1	»	» una solución acuosa	»	»	20 »
1	»	» un vino medicinal (variable según la riqueza alcohólica)	»	»	33 á 35 »
1	»	» láudano (variable) cerca de	»	»	33 á 35 »

Los primeros estudios de M. Wroblewski referentes á la liquefacción del hidrógeno, fueron hechos en compañía de M. Holzewski, profesor de la Universidad de Cracovia; el primero, como anunciamos á nuestros lectores en el número anterior de la REVISTA, fue el que comunicó por telégrafo á los sabios franceses, ese acontecimiento científico atribuyéndose el descubrimiento: ahora se ha presentado el segundo á la Academia de Ciencias de Paris, reclamando pertenecerle los resultados obtenidos, y refutando las publicaciones hechas por M. Wroblewski y parte de sus experimentos, sin dejar de reconocer por eso que él, tampoco ha conseguido resolver el problema, pero menciona todos los medios con que cuenta para coronar su triunfo.

La liquefacción del hidrógeno no fue efectuada de un modo completo por M. Wroblewski, pues solo consiguió una modificación especial en el gas, que tendía á pasar al estado semi-líquido.

M. Holzewski ha detallado el procedimiento que seguirá en estas experiencias, cuyo resultado será la liquefacción deseada. Empleará 190° bajo cero, frío producido por la ebullición del oxígeno líquido en el vacío á seis milímetros de mercurio; y en seguida de haber sido el gas sometido á esta temperatura lo sujetará á la presión de 100 atmósferas para de este modo obtener gotitas de hidrógeno líquido que tiene por densidad 0,033.

SUeltos

Con la satisfacción que inspira el aplauso recibido cuando parte de aquellos que tienen una representación merecida en la República de las Letras, publicamos á continuación las alentadoras y entusiastas notas de los doctores don Pedro Mascaró y Sosa y don Joaquin de Salterain, contestando á las que le dirigió la dirección de esta REVISTA.

Señores doctores don Marcelino Izcua Barbat, don Elías Regules, don Manuel Herrero y Espinosa, don Benigno S. Paiva y don Alberto Gomez Ruano.

Señores :

La lectura del oficio con que ustedes se han servido honrarme, á mi gratitud obliga y á mis humildes esfuerzos estimula

Yo no figuro para nada en ese largo catálogo, donde los jóvenes como ustedes ocupan un puesto distinguido; yo no he llevado al estudio de las ciencias y de las letras, otro concurso, sinó el de mi exquisita voluntad, digno tal vez de respeto, pero extraño al encomio y al entusiasmo que las inteligencias ó las ilustraciones superiores inspiran y despiertan.—Por eso solo, no debiera aceptar el honor que ustedes generosamente me brindan.

Aparte empero, de semejante manifestación, juzgo tan simpático el pensamiento que á ustedes anima, tan loable el entusiasmo de los conceptos en que viene emitido, que, cediendo quizás á su influencia, me ofrezco á colaborar al lado de ustedes, si quiera, por el placer de volver á encontrar en los antiguos amigos de la escuela y del aula, el estímulo y la calor de los mejores tiempos.

Me es grato saludar á ustedes con mi mayor consideración y aprecio.

Joaquin de Salterain.

Montevideo, Marzo 25 de 1884.

Señores Directores de la REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA .

Montevideo, Marzo 27 de 1884.

Accedo con pesar á lo que de mí solicitan, en la apreciable comunicación con que se han servido favorecerme, y digo con pesar, atendiendo á que los sentimientos excesivamente bondadosos que les caracterizan solo pueden haberles inspirado confianza en mis escasas fuerzas para demandarlas en pró de la realización del importante y laudabilísimo propósito que han concebido; pero los móviles plausibles que les animan me precisan, bien que contra mi voluntad, á satisfacer sus deseos prometiéndoles consagrar los ratos de ocio que mis habituales é ineludibles quehaceres me proporcionen, á secundar los patrióticos esfuerzos que han emprendido.

Gracias mil por la inmerecida honra que me han acordado y por las halagüeñas frases que me consagran en la que con placer contesto; y ojalá que la nobilísima idea por ustedes concebida se lleve á feliz término, para provecho de nuestra juventud estudiosa, gloria de la patria y satisfacción de quienes tengo á mucha honra ofrecerme con las protestas de mi mayor consideración y particular estima.

P. Mascaró.

Los conceptos benévolos y honrosos que de la prensa uruguaya y argentina hemos recibido, promueven nuestra gratitud y establecen un lazo de simpatía que trataremos de estrechar cada vez más, á fin de hacernos acreedores á las distinciones con que nos han favorecido.

La *Sociedad Universitaria* nombró para ser su representante en el acto de la llegada del literato italiano Edmundo de Amicis á los señores Presidente, Vice y Secretario de la misma.

Ha rendido exámen general de Medicina nuestro colaborador Don Luis G. Murgnia, que tiene el honor de ser uno de los fundadores de la *Sociedad Universitaria*.

La Comisión de Empréstito de la *Sociedad Universitaria* se preocupa de poner en circulación la segunda série de acciones del Empréstito emitido con el objeto de proveer á dicho Centro de un edificio donde pueda llenar sin obstáculos los fines que se propone.—Es de esperar que en breve sea cubierta esta segunda emisión.

Accediendo á los deseos de varios amigos, desde el próximo número aparecerá la REVISTA impresa con caracteres elzeverianos.